LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA

PRECIOS DE SUSCRICION.	AÑO.	SEMESTRE.	TRIMESTRE.
Madrid.....	35 pesetas.	18 pesetas.	10 pesetas.
Provincias.....	40 id.	20 id.	11 id.
Portugal.....	8,400 reis.	4,300 reis.	2,300 reis.

AÑO XVI.—NÚM. IX.

DIRECTOR-PROPIETARIO, D. ABELARDO DE CARLOS.

ADMINISTRACION, CARRETAS, 12, PRINCIPAL.

Madrid 1.° de Marzo de 1872.

PRECIOS DE SUSCRICION.	AÑO.	SEMESTRE.
Cuba y Puerto-Rico.....	12 pesos fuertes.	7 pesos fuertes.
Filipinas.....	15 id.	8 id.
En las demás Américas..	L. E.—3	L. E.—1-12/₈

SUMARIO.

TEXTO.—Revista general, por el marqués de Valle-Alegre.—Los minómanos: Cuento que no lo es, por don Antonio de Trueba.—Excmo. Sr. D. Antonio de los Rios y Rosas.—Relaciones del trabajo y del capital: Medios de conseguir su equilibrio, por don José de Obeso y Quevedo.—El marqués de Miraflores, por *Flavio*.—«El vigía de la costa,» cuadro de Mr. A. H. Marsh.—La plaza de Armas de la Habana, por don Pascual de Riesgo.—El emperador del Brasil en la Academia Española.—El conflicto anglo-americano: Cuestion del *Alabama*.—Armadura ecuestre de Felipe II, por don J. Puiggari.—Helechos, por don Alfonso de Arcito y Larrinaga.—Magdalena, canto épico, por *Lorenig*.—Un poeta mártir, por don Gonzalo Calvo Ascasio.—Incendio del vapor *Lucrecia*.—Los emperadores del Brasil en Madrid.—Suelto.

GRABADOS.—Retrato del Excmo. señor marqués de Miraflores.—Retrato del Excmo. Sr. D. Antonio de los Rios y Rosas.—Isla de Cuba: Vista de la plaza de Armas de la Habana.—Bellas artes: «El vigía de la costa.»—Madrid: Sesion de la Academia Española, con asistencia de S. M. el emperador del Brasil.—Armadura de Felipe II, en la Armería Real.—*Dicksonia antarctica*, helecho arbóreo de la Australia, existente en el Jardin Botánico.—Washington: Cuestion del *Alabama*; una sesion de la Comision anglo-americana.—Incendio del vapor *Lucrecia*, en la travesía de Buenos Aires á Montevideo.—Madrid: *Fac simil* del autógrafo que los emperadores del Brasil escribieron en el álbum del Colegio de sordo-mudos y ciegos.

REVISTA GENERAL.

SUMARIO.

I. EXTERIOR.—INGLATERRA.—Todavía el *Alabama*.—Gladstone y el ministerio.—Los intereses de la paz.—El vil metal.—FRANCIA.—Golpe de Estado parlamentario.—La supresion de *Le Gaulois* y de *L'Ami de la Maison*.—La resurreccion de *Le Pays*.—Medidas violentas.—Parte amena.—Una cruz á un calista.—Cifra á un mozo de café.—Muerte de un jugador célebre.

II. INTERIOR.—Visitas é interpretaciones.—El marqués de Sardoal y el señor Sagasta.—La cuestion nacional.—Los nuevos ministros.—Lo que se ve y lo que se teme.—Necrología.—La duquesa de Veragua.—La señorita de Tupete.—D. Eugenio de Ochoa.

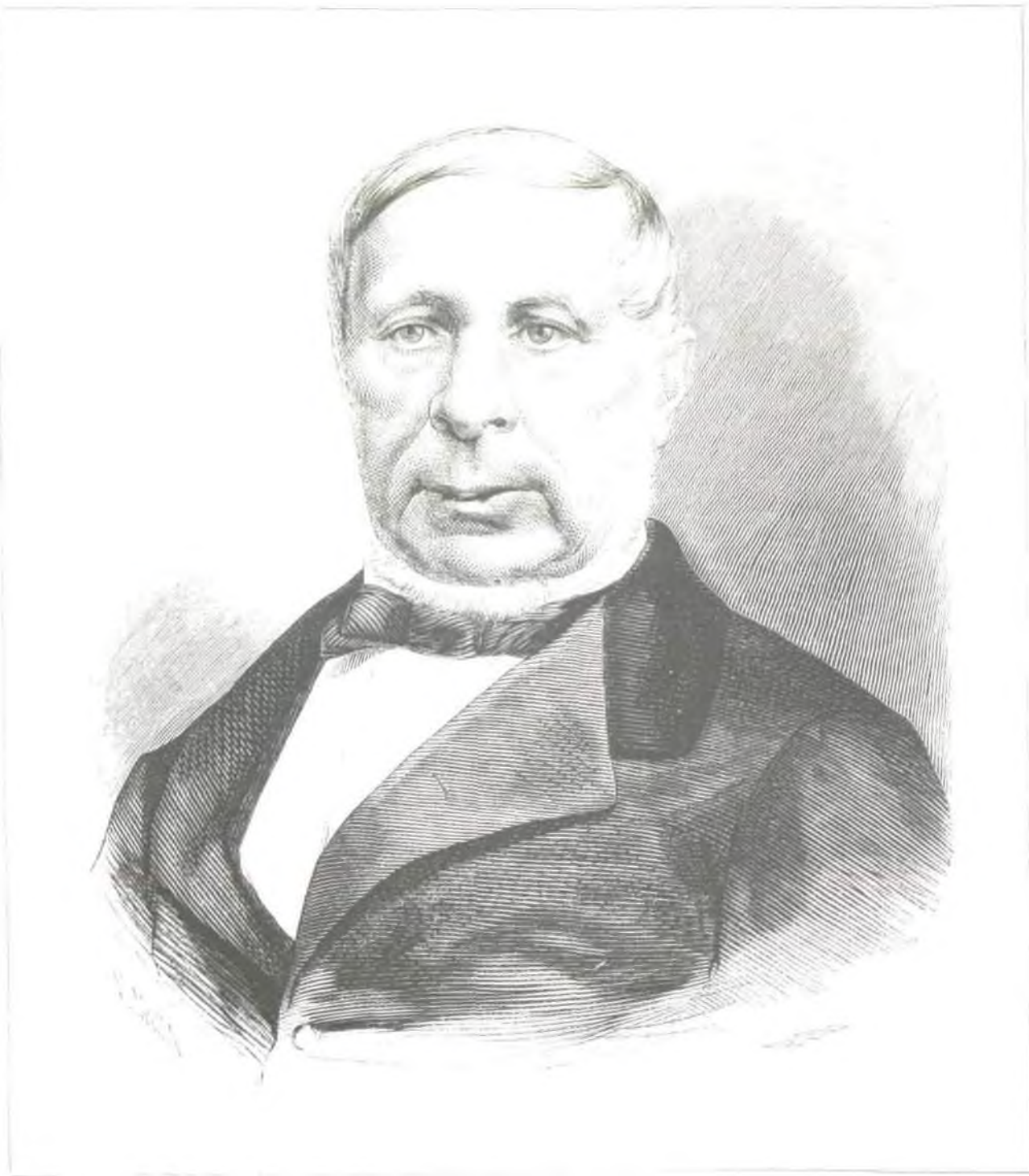
III. TEATROS Y SALONES.—ESPAÑOL.—*Nicolás Rienzi*, drama póstumo de Cárlos Rubio.—TEATRO DE LA ÓPERA.—*Dinorah*, de Meyerbeer.—Las recepciones en Cuaresma.

I.

Poco nuevo y poco importante en el resto de Europa desde la semana anterior; en cambio, mucho é importantísimo en Francia y en España.

En Inglaterra el asunto del *Alabama* sigue lenta y perezosamente su camino: ni los *yankees* ni los ingleses tienen demasiadas ganas de venir á las manos. Murmuran los unos de los otros; se enseñan los dientes y se amenazan; pero no se atreven á romper las hostilidades, porque se temen reciprocamente.

Los Estados Unidos, que no cuentan con una marina respetable, recelan que la suerte de las *armas no* les favoreciese si emprendieran una guerra inmediata; John



Excmo. Sr. marqués de Miraflores, fallecido el 20 de Febrero (pág. 134).

Bull, aunque fuerte y orgulloso, conoce que en el estado del mundo es muy grave disparar el primer cañonazo.

⁂

Estas razones reunidas y cada una de por sí, han influido para que ántes de llegar á un resultado definitivo, mida y examine sus fuerzas cada cual; reflexione las contingencias que podria producir un choque, y trate de resolver la cuestion por los medios pacíficos.

Inglaterra no quiere romper el tratado de Washington, que acaba de firmar; los Estados Unidos no pretenden tampoco hacer un *casus belli* de su absoluta observancia.

En nuestra opinion, las cosas se arreglarán por la via diplomática, y á favor de un poco de ese vil metal, que todos aparentan despreciar, y que es el objeto de todos los litigios en el siglo presente, lo mismo entre los individuos que entre las naciones.

⁂

La víctima sacrificada en aras de la conciliacion, y como holocausto á la paz, será el ministerio Gladstone, que hace dias se bamboleaba ante las votaciones de las Cámaras británicas: dos votos de mayoría únicamente ha tenido en un asunto importante; diez ó doce en otro de más consideracion, de esos que generalmente se hacen cuestion de gabinete. Sin embargo, en Inglaterra no son raros los casos de ministerios que se sostienen largo tiempo contando escasísima mayoría en el Parlamento, y Gladstone no parece tener ánimos de dejar el poder por causas *tan pequeñas*.

La oposicion, empero, no le deja descansar un momento, y le suscita toda clase de obstáculos para dificultar y entorpecer su marcha. Ahora pretende que el gobierno someta á las Cámaras, ántes de firmarlos, los tratados internacionales; y siendo esta una prerogativa de la Corona en los países constitucionales, se intenta por ese medio provocar una crisis y derribar al ministerio.

Eso se hará al fin si es preciso para arreglar las diferencias con los Estados Unidos, y dar sesgo favorable á una contienda que puede turbar el reposo que disfruta el mundo despues de la deplorable guerra de Francia y Alemania.

⁂

Venganos ya á la vecina República, y justifiquemos cuanto hemos dicho acerca de la gravedad de sus últimos sucesos.

Estos marchan allí de prisa y se atropellan, como en el quinto acto de un drama. En nuestro sentir, la Francia está ahora en el principio del fin de su situacion actual.

Ha llegado el período de las grandes luchas y de las grandes resoluciones; ha llegado la hora en que los partidos, cansados de aguardar y de contemporizar, se aprestan á jugar el todo por el todo.

El gobierno de Mr. Thiers, en una de sus infinitas veleidades, en una de sus múltiples evoluciones, pide á la Asamblea armas con que defender la república, que sólo existe de una manera provisional. Para ello el nuevo ministro de lo Interior, Mr. Lefranc, dando lo que el periódico *La Liberté* llama *«un golpe de Estado parlamentario,»* interrumpe la discusion de la ley sobre la magistratura, presenta á la Cámara y hace declarar urgente un proyecto de ley para la represion de los ataques á los derechos y á la autoridad de la Asamblea, y á los del poder que ésta ha instituido.»

La sorpresa que produjo este paso inesperado fué extraordinaria; la sensacion profunda, y merced al efecto de aquella, se votó la urgencia casi por unanimidad.

¿Qué se propone Mr. Thiers con esta gravísima determinacion?—Lo que ha empezado á practicar ya; lo que seguirá haciendo con la incansable perseverancia, que es una de las cualidades distintivas de su carácter personal: —combatir, perseguir, exterminar á los bonapartistas; desorganizarlos, vencerlos, derrotarlos.

La bête noire ó la pesadilla del anciano presidente de la República es el emperador Napoleon; no teme á Gambetta, ni á los rojos, ni á la *Commune*: teme que el dia ménos pensado un Monck cualquiera, un general valiente y atrevido—Mac-Monck, como un diario humorístico llama al mariscal Mac-Mahon,—secundado por el ejército,—que volando á Bohmer acaba de dar una elocuente muestra del lado adonde se inclinan sus simpatías,—traiga desde su retiro de Camden-House al palacio del Louvre al vencido de Sedán.

A fin de estorbarlo, no omite medio Mr. Thiers; de una plumada ha suprimido dos periódicos bonapartistas,—*Le Gaulois* y *L'Année*,—los órganos oficiosos ó ministeriales tiran con bala roja contra Napoleon; y en fin, no creyendo todo eso suficiente, se solicita una especie de dictadura en favor de la República, la señora de los pensamientos, la Dulcinea actual de ese *Don Quijote* político.

Cierto es que al mismo tiempo se levanta la suspension de otro diario imperialista, *Le Pays*, autorizándole para que se vuelva á publicar desde 1.º de Marzo próximo; cierto que se tolera que *Le Gaulois*, cual el fénix, renazca de sus cenizas con el título de *L'Etoile*; cierto que se aparenta tolerancia y moderacion; pero es para hacer *patte de velours*, mientras la Asamblea otorga lo que se pretende:—cuando se haya obtenido, entónces comenzarán los rigores y las medidas violentas.

⁂

Si es verdad que los bonapartistas se agitan, no permanecen quietos los partidarios de la legitimidad ni los de la familia de Orleans: éstos hacen alarde de número y de poder en las *soirées* del duque de Aumale; los otros, sin temor á ser *fletris*,—como durante el reinado de Luis Felipe, por un paso análogo,—van en peregrinacion á Amberes, punto de residencia del conde de Chambord.

Y al llegar aquí cae en nuestras manos un telégrama de aquella ciudad, dando cuenta de la manifestacion que hubo en ella el 23 contra el ilustre y noble príncipe que se hospedaba allí.

Nosotros teníamos á los belgas por un pueblo culto y sensato; nosotros pensábamos que comprendia y practicaba dignamente las leyes de la hospitalidad; pero al recordar los asquerosos motines de hace tres meses en Bruselas; al mirarle ahora haciendo objeto de su befa y de su escarnio á un extranjero esclarecido, á un hombre cuya inteligencia y cuyas altas prendas es imposible desconocer, sean cualesquiera las opiniones políticas que se sustenten, nosotros creemos que aquel pueblo ha degenerado, y se ha hecho indigno de su historia y de su reputacion.

Luchar con el fuerte es propio de almas generosas y esforzadas; ofender al débil es accion que revela mezquinos y miserables sentimientos.

⁂

Permítanos los lectores que despues de tratar de asuntos graves, les entretengamos ahora con otros de menor importancia, pero que contribuirán á amenizar nuestra Revista.

Son además de rigorosa actualidad: se refieren al emperador del Brasil, que acaba de pasar por Madrid; que apenas habrá abandonado nuestras playas; y de un compatriota famoso—en cierto sentido—que ha fallecido recientemente en el extranjero.

Há poco mas de un mes, S. M. I., apoyado en el brazo de su secretario particular, subia penosamente las escaleras de la casa n.º 105 de la calle Montmartre en París, donde habita Mr. Arnold, el mejor callista de aquella capital, —como quien dice, el Bilbao de allí.

El emperador padecia de un enorme ojo de gallo, que en un momento desapareció, gracias á la pericia de Mr. Arnold.

—¿Cuánto debo á usted? preguntó el monarca sin abandonar el incógnito.

—Dos francos: repuso el pedicuro.

El emperador pagó y se marchó; y Mr. Arnold no habria sabido nunca quién era el ilustre paciente que le habia honrado con su visita, á no ser por haber recibido quince dias despues las insignias de la Orden de la Rosa.

—¡Un callista condecorado! exclamarán los lectores.

—Pero—opondremos nosotros—¿no lo están tambien —gracias á la munificencia de la revolucion—con nuestras Órdenes hasta los mozos de los cafés de París?

En el número de *La Liberté* de 23 del corriente, leemos que en el baile que aquella respetable clase celebró la noche del 22, uno de sus individuos, perteneciente al café *restaurant* de Ledoyen, llevaba en el ojal del frac la cinta de la Orden de Cárlos III.—Son inútiles los comentarios.

⁂

El personaje que acaba de bajar al sepulcro era una celebridad europea: muy conocido en Baden y en Homburgo, en París y en Madrid, poseyó por corto tiempo una gran fortuna:—tres ó cuatro millones de francos.—Luégo llegó la adversidad terrible y siniestra, y como el huracan, arrebató lo mismo que habia traido esa diosa ciega llamada la Fortuna.

Aquel hombre que derramó el oro; que vivió en el lusto y en la opulencia, ha muerto en una buhardilla, privado hasta de lo más preciso, en medio de la más espantosa miseria.

García—pues del famoso jugador es de quien hablamos—habia nacido en Zaragoza en 1830, de una familia honrada si no ilustre: poseia algunos bienes, que en edad temprana comenzó por perder al juego: en 1853 se marchó á Francia, y en aquella época todavía heredó un pequeño capital de dos mil duros, base de las riquezas que ganó al *ecarté*, al *baccarat* y al *treinta y cuarenta*.

Ha muerto en Ginebra, despues de arrastrar una existencia triste y angustiosa, soñando siempre con recobrar lo que habia perdido. No ha dejado siquiera lo indispensable para los gastos de su entierro, pues sólo han aparecido cinco ó seis pesetas en casa del mismo que habia manejado el oro á montones. ¡Sea la tierra leve!

II.

Y tras de esta ligera digresion, tornemos al terreno ardiente de la política: dirijamos una ojeada á nuestros propios negocios, despues de habernos ocupado de los extraños.

Dijimos en la anterior Revista que quizás entraria el señor Candau en el Ministerio de la Gobernacion, quedando de presidente sin cartera Sagasta; pero hasta ahora no se ha verificado semejante evolucion, deseada por el último para contar un voto más en su favor en las cuestiones en que pudiera resultar empate por la filiacion de los individuos que componen el gabinete.

Así, éste irá á las elecciones sin modificaciones ni alteraciones nuevas, y bien necesita reconcentrar su fuerza y adquirir cohesion si ha de triunfar del terrible adversario que se le prepara.

Porque la coalicion nacional, propuesta por un periódico demócrata, ha sido acordada el 24 de Febrero en la antigua Tertulia progresista. Falta ahora que acepten la alianza los republicanos, los carlistas y los alfonsinos:—de los primeros y de los segundos es casi probable; ignoramos lo que harán los otros.

La prensa entera ha considerado gravísimo este acontecimiento de los radicales, que puede tener inmensas consecuencias. No se trata sólo de derribar al ministerio Sagasta, sus tiros se dirigen á objetos más elevados, á todo lo que simboliza y representa la revolucion de Setiembre.

Al lado de semejante hecho, los demás parecen pequeños. Así, nada diremos de la circular *conservadora* del ministro de la Gobernacion: nada del acta publicada por el alcalde primero, marqués de Sardoal, de su conferencia con el mismo, en que segun aquél, negó ser conservador; nada de la visita de los señores Rivero, Figuerola y Gomez al susodicho Sagasta, para quejarse de las arbitrariedades cometidas, disolviendo Ayuntamientos y Diputaciones de nacionales; nada, en fin, de nombramientos militares y políticos, que marcan la nueva senda que se proponen seguir los hombres del poder.

Ante la magnitud y la trascendencia del acto que he indicado, todo es pequeño, todo insignificante; él puede entrañar acontecimientos decisivos: él puede cambiar, destruir cuanto en tres años ha producido y fundado, nosamente la revolucion de Setiembre: él, en fin, puede traer una nueva más pavorosa y más terrible.

⁂

No ha sido la muerte del marqués de Miraflores la que ha venido á allegar últimamente á la sociedad madrileña: en el breve espacio de 48 horas han bajado tambien á la tumba la duquesa viuda de Veragua, que en ser de morir su esposo se retiró al convento del Sagrado Corazon, en Chamartin, donde acababa de profesar; la hija del general Topete, que sólo contaba 20 años; y, en fin, nuestro colaborador y querido amigo don Eugenio Ochoa.

Cada una de estas pérdidas es dolorosísima para cuantos tuvieron ocasion de apreciar las altas prendas de los ilustres difuntos, siéndolo al mismo tiempo para las letras la del señor Ochoa, que las cultivaba desde temprana edad con glorioso éxito.

Sus obras, pues, le sobrevivirán, quedando como recuerdo del talento la erudicion y el buen gusto de aquel, quien no olvidarán nunca su atribulada familia ni sus numerables amigos.

La ILUSTRACION honrará su memoria publicando en el número próximo el retrato del que, como alto funcionario, como escritor y como ciudadano, deja tan nobles ejemplos que imitar.

III.

El único coliseo que nos ha ofrecido alguna novedad despues de nuestra última reseña, ha sido el Español, presentándonos la única composicion dramática que escribió el malogrado poeta Cárlos Rubio.

Es una tragedia tremenda, como que narra la muerte del tribuno Nicolás Rienzi.—Escasa de interés y de incidentes, la obra se distingue por la versificacion, que es robusta, sonora y elevada.

Aunque Cárlos Rubio no tuviera otros títulos al glorioso nombre de poeta, bastaria á dárselo el *Rienzi*, ¡qué espontaneidad y qué armonía hay en sus versos! ¡qué elevacion y qué grandeza en la imágenes! ¡Qué vigor, qué valentía en los conceptos!

Sí, sí; Cárlos Rubio era un poeta, un verdadero poeta, y por eso fué tan desgraciado en la política; por eso marchó sobre espinas cuando creyó andar sobre flores; por eso alimentó tantas y tan seductoras utopías; tuvo lo que aquello de que debió dudar, y murió cuando sintió dudar primero, el desencanto despues.

Al ménos la posteridad, que ha llegado ya para él, le hará justicia: al ménos los que fuimos sus amigos y sus compatriotas, le hemos tejido una corona de laurel que adornará su tumba solitaria; al ménos no han faltado corazones nobles y almas elevadas que se asocien al triunfo póstumo que ha conseguido.

⁂

Han terminado los bailes y han comenzado las pacíficas reuniones de la Cuaresma, en que *se hace música* y se hace nada:—los domingos continúa recibiendo la condesa del Montijo; los lunes la esposa del ministro de la Gran Bretaña; los martes la marquesa de Bouillé, que es del embajador de Francia; los miércoles la marquesa de Bedmar; los jueves la baronesa Canitz; los viernes la condesa de Campo-Alange, y los sábados la señora de Hoyos.

En todas esas partes son los mismos los entretenimientos: se charla, se forman planes para el porvenir, se bostezó... y se murmura un pequito de los demás.

La otra noche, en uno de los salones citados—no diremos en cuál—se hablaba de la sentida muerte del marqués de Miraflores, y se hacia justicia á sus altas prendas y cualidades.

Despues de esto, se trató de su edad.

—Tenia—dijo uno de los presentes—ochenta y cinco años, segun la marquesa de X...

La marquesa de X... es una señora que pretende pasar por jóven, aunque há tiempo que ha dejado de serlo.

—¿Lo dice la marquesa de X?...—intervino una dama muy conocida por su talento epigramático.—Pues debe ser verdad, porque ella le vió nacer.

EL MARQUÉS DE VALLE-ALEGRE.

28 de Febrero de 1872.

LOS MINÓMANOS.

CUENTO QUE NO LO ES.

I.

En el litoral vasco-cántabro ocurre un suceso de inmensa importancia para el Norte de España y áun para España entera.

Las minas de hierro de Inglaterra están ya casi agotadas, y á los ingleses preocupa profundamente la próxima carencia del elemento principal de su importantísima industria ferrera, que cuenta fábricas cuyo consumo anual de mineral férreo excede de un millon de toneladas cada una.

Despues de examinar todos los rincones de Europa donde Dios ha colocado en masas visibles el hierro, cuya utilidad encarece uno de los héroes de Julio Verne, diciendo que no es el país más rico el que abunda en hierro, y despues de echar sus cuentas en este negocio con la madurez y el acierto con que las echan casi todos, menos en uno que yo me sé y me callo y no ha de tardar en traerlos á mal traer, los ingleses han determinado surtir sus fábricas de hierro, reemplazar sus agotadas minas férreas con el mineral de Vizcaya, que es quizá el más rico, y sin quizá el más abundante de Europa, y está para ellos como si dijéramos al otro lado del rio.

Y los ingleses, para quienes son una gota de agua en el Océano las quinientas mil toneladas de vena de hierro que han conseguido llevar de Vizcaya en el año último, y saben que dentro de diez años necesitarán llevar diez millones de toneladas, si no ha de decaer lastimosamente su gran industria ferrera, de la que tantas y tan importantes industrias se derivan, los ingleses empiezan á pulular en Vizcaya, cargados de libras esterlinas, y dan veinticinco mil duros por terrenos para la edificacion que hace un año nadie hubiera comprado por diez mil reales (1), y ofrecen millones de reales por minas, cuyo coste de denuncia pesaba ya á los denunciadores, y se preparan á hacer un puerto y un ferro-carril minero, cuyo presupuesto se eleva á más de cincuenta millones, y compran y expropian terrenos para construir una porcion de fábricas de altos hornos, y otros tres ó cuatro ferro-carriles mineros, y construyen en sus arsenales de Inglaterra enormes vapores, destinados á trasportar al Reino-Unido el mineral férreo de Vizcaya, á donde esos mismos enormes buques conducirán de lastre, y por consecuencia casi de balde, carbon de piedra y mercancías de todo género que los ferro-carriles del interior de España distribuirán por toda la Península despues de arrancarlas de las orillas del Nervion el ferro-carril que, naciendo allí y salvando con una audacia que asombra la ramificacion pirenáica que separa á la region vascónica de la castellana, se lanza á las llanuras de Aragon y de Castilla.

Sabedores de todos estos proyectos próximos á realizarse y de la inesperada fortuna con que se han encontrado ya muchos dueños de terrenos y minerales, deslumbrados sus ojos por el brillo de las libras esterlinas que han empezado á rodar por este valle de cinco leguas y cincuenta mil habitantes, regado por el Nervion y sombreado del lado meridional por la cordillera férrea, que ni en diez siglos lograrán los ingleses trasladar á Inglaterra; como esto saben y esto ven todos esos pobres soñadores vulgares que existen en todas las comarcas, y que se apresuran á jugar á la lotería creyéndose ya con el premio gordo entre las manos en cuanto tienen noticia de que á Fulano ó Mengano le ha caido un premio más ó ménos gordo, estos cándidos y ávidos soñadores van por todos los montes, por todos los valles, por todas las aldeas buscando *venetas*, como aquí se llama á las minas de hierro, y así que encuentran un peñasco ó un ribazo, cuyo color cárdeno tomen por indicio seguro de la materia ferruginosa, se apresuran á gastarse algunos cientos de reales en la denuncia, y sueñan todas las noches que un inglesote cargado de libras esterlinas llama á su puerta dispuesto á cambiarlas por los títulos de propiedad de la vena que han denunciado.

Otra clase de soñadores ménos numerosos habia aquí desde muy antiguo, y hay todavía, y á su número pertenece el autor de estos renglones, que gusta de recorrer montes y valles, no buscando venetas, sino buscando auras puras, perfumadas y saludables, y silencio y serenidad de espíritu para entregarse á la meditacion y soñar un mundo más perfecto y dichoso que el mundo real, en cuyas agitaciones y miserias vivimos ordinariamente. Estos soñadores tienen ya que encerrarse en el estrecho é impuro recinto de las villas, si no quieren que las gentes de los campos se rian y burlen de ellos, tomándolos por codiciosos é ilusos buscadores de venetas.

Las gentes de los campos, si ménos instruidas que las de las villas y ciudades, tienen cierto sentido recto y práctico que los hace mirar con desden y lástima al iluso y codicioso tendero ó artesano ó empleado que abandona su tienda ó su taller ó su oficina donde está la verdadera mina, con cuya explotacion ha de sufragar sus necesidades y las de su familia, para vagar calenturiento de codicia por valles y montañas en busca de soñados tesoros.

En la larga lista de denunciadores de minas que he sacado de la coleccion del *Boletin oficial* de Vizcaya, correspondiente al último año, las tres cuartas partes de nombres son de soñadores vulgares, que por único fruto de sus denuncias de venetas, recogerán un lastimoso vacío de dinero, y otro más lastimoso aun de tiempo, empleados en la busca y denuncia de minas.

El cuento que voy á contar no tiene de elocuente más que la apariencia; es un hecho real y positivo, cuyo recuerdo me hará siempre sonreir, entre regocijado y compadecido, al fijar la vista en la lista de denunciadores de minas que he sacado del *Boletin oficial*.

II.

Uno de los últimos dias del mes de Diciembre de 1871 salieron de Bilbao, apretados como sardinas en banasta, en un desvencijado tilburí, don Celestino y otros dos minómanos, y se encaminaron hácia las Encartaciones, donde están los montes de hierro que admiraron al naturalista Plinio hace cerca de dos mil años, y en cuyas agrestes y elevadísimas montañas va á rugir una cáldera de agua hirviendo, arrastrando en pos de sí dos mil quintales de vena que en otros tiempos no arrastraban doscientas yuntas de bueyes.

Conforme caminaban molian á los aldeanos que encontraban al paso, preguntándoles si habia ó dejaba de haber veneras, aquí ó allá ó en el otro lado; y los aldeanos, despues de contestarles cualquier cosa para salir del paso, se alejaban sonriendo maliciosamente de ellos.

Algunas veces veian en la falda de la montaña peñascos negruzcos que les hacian dar un grito de alegría creyendo que eran ferruginosos, y saltando del tilburí don Celestino, que pretendia ser el más inteligente en mineralogía, trepaba allá y bajaba en seguida desconsolado con la noticia de que el peñasco era arenisco, y su color oscuro provenia de la humedad.

Pero no desmayaban sus ánimos y esperanzas por estos desengaños, porque sus esperanzas estaban en una aldea que les habian asegurado era un nuevo Galdámes no descubierto aún por ningun Ochandátegui (1).

Despues de dar algunos vueltas en el camino, merced, segun el alquilador del tilburí, á su impericia en el manejo del vehículo, y merced, segun ellos, á la homicida codicia del alquilador, llegaron por fin á la aldea de promision, y se dirigieron á la taberna para descansar allí un poco, almorzar ellos y su compañero el jamelgo, y empezar sus exploraciones mineras con ayuda de los informes que esperaban de los aldeanos.

En todas las aldeas, incluso las de Vizcaya, que no son de las que más abundan en holgazanes, hay algunos pelgares cuya única ó cuando ménos principal ocupacion es la de pensar cómo podrán llenar la andorga á costa ajena.

En la aldea donde habian hecho alto nuestros minómanos bilbaínos, habia tres mozos y un viejo de esta laya. Poco despues de llegar los *chimbos*, con cuyo nombre se designa en Vizcaya á los bilbaínos por su aficion á cazar becafigos, que aquí se llaman chimbes, conversaban y fumaban el viejo y los mozos á la puerta de la taberna recostados en el tilburí, cuyo caballo habia sido desenganchado y conducido á la cuadra.

Las agudezas del viejo hacian desternillar de risa á los mozos, que le escuchaban como si fuera el oráculo de la aldea.

Mari-Pepa, una mujer de más de cincuenta años, dicharachera y de mucho arrenango, pasaba con su herrada en la cabeza, con direccion á la fuente, que estaba á la entrada de un castañar cercano.

—¿Qué haceis ahí, holgazanes, de vega derecha en dia de labor? les dijo. Más valiera que estuviérais roturando en el monte, que no ahí pensando en llenar la tripa.

—¿Llenar la tripa? le respondió el viejo. Así nos lo hicieras luego con un par de besugos y media azumbre por barba.

—¡Mira el vejancon qué lecciones da á los trastos que le acompañan! ¡Lástima que no reventárais con vuestras comilonas! ¡Valegueros, que siempre estáis oliendo dónde guisan! No, si yo fuera alcalde...

—¿Qué harias si lo fueras?

—Haceros tomar la azada.

—¿Y los derechos *cadevidales* que trae la Constitucion?

—¡Vaya con lo que salen ahora! Como tuviera la Constitucion de *Malco* muchos partidarios como vosotros...

—Pues los tiene.

—Eh, quitaos de ahí, pestes, y á ver si vais á trabajar, que buen dia hace para eso.

—Sí, buen dia, y va á caer otro diluvio universal.

—Así cayera y fuera yo Noé, que habiais de ser los únicos animales que no se salvaran en la mi arca.

Así diciendo, Mari-Pepa siguió su camino.

—¿Sabeis, dijo Chomin, pues así se llamaba el viejo, que desde que Mari-Pepa nos ha hecho mentar los besugos y el vino me está dando una guerra de mil demonios el gusanillo del estómago?

—Y á mi pata, contestaron casi á la par los tres mozos.

—Pues ello, continuó el viejo, hay que ver cómo se le mata, ó cuando ménos se le atolondra. Vamos á ver si á vosotros se os ocurre algo bueno.

—¡Contra! ¿cómo nos ha de ocurrir á nosotros lo que no le ocurre al que es viejo y listo?

—Tienes razon, hombre. Ya me parece que he dado con el medio de matar al gusanillo.

¿Cómo?

—Comiendo.

—¡Puño! ¡Qué salida!

—Por de contado ya sé dónde hay besugos sacados ayer tarde del mar y venidos anoche de Castro.

—¡Concho! ¡mira qué noticia! Eso tambien lo sabemos nosotros: en la taberna.

—Justo: que media docena de ellos trajo la tabernera.

—¡Mal atracon de ellos se estarán dando ahora los del tilburí!

—¿Y á qué habrán venido esos chimbos?

—¿A qué han de venir sino á lo consabido? A buscar veneras. ¿No habeis visto que cuando llegaban todo se les volvia cabalgar á los penascales de ahí arriba?

—Verdad es; pero tambien lo es que hoy no nos metamos nosotros con los besugos de la taberna. ¡Gorde! ¡que no discurriera usted algo bueno!

—Puede ser que lo discurra, dijo Chomin, que con la mano puesta en la frente parecia batallar con una idea que se le presentaba turbia y á toda costa queria tornar clara. ¡Ah, ya! exclamó al fin lleno de alegria: positivamente habrá besugada y vino para nosotros cuatro.

—Yo no tengo para el escote, ¡carrizo!

—¡Ni yo!

—¡Ni yo! dijeron tristemente los tres mozos.

—Yo tampoco, añadió Chomin; pero no faltará quien pague por los cuatro.

—¿Quién?

—Los chimbos.

—¿Y con qué motivo?

—Con el que luego sabreis. Vámonos para dentro con pretexto de encender la pipa, y cuidado con que chisteis, como no sea para decir amen á todo lo que yo diga.

—Así se hará, ¡San Antonio! contestó regocijado el mozo de las interjecciones.

Y los cuatro arlotes entraron en la cocina de la taberna, que estaba en el piso bajo.

ANTONIO DE TRUEBA.

(Se continuará.)

(1) El concejo de Galdámes tenia riquísimos criaderos de hierro en sus laderas de Triáaga; pero apenas se habian explotado nunca, ni nadie se acordaba de ellos, ménos el autor de estos renglones, que más de una vez hizo mérito de ellos en sus lamentables escritos. Hace dos años, don Simon de Ochandátegui, modesto, inteligente y laborioso vecino de Bilbao, previó el gran desarrollo que iba á tener la exportacion del mineral de hierro para Inglaterra, y asociado con don Cárlos de Aguirre, perteneciente á una distinguida familia bilbaína, en quien parece heredó el ánimo y la constancia para las empresas industriales, fijó su atencion en las veneras de Galdámes, denunció la mayor parte de ellas, y él y el señor Aguirre proyectaron un ferro-carril de 18 kilómetros para facilitar la exportacion del mineral de Galdámes y Triáaga, aunque para el de este último punto ya existia un ferro-carril terminado y explotado por el Señorío. Convenidos hay con una fuerte compañía inglesa, compuesta de ricos banqueros, que ántes de firmar el contrato ha enviado á Vizcaya ingenieros ingleses distinguidísimos, entre ellos el célebre Astrong, para estudiar estas minas y los medios de explotarlas y exportar sus minerales, esta compañía va á construir un puerto en Sestao, cerca de Portugalete, y un ferro-carril que, atravesando los ferreos montes de Triáaga, se interne en los no ménos ricos de Galdámes, y arranque anualmente millones de toneladas de mineral con destino á Inglaterra. Es inútil añadir que los señores Aguirre y Ochandátegui se han asegurado con este contrato, en que han dado participacion á algunas otras personas, una renta con que, si no fueran naturalmente inquietos, podrian hombrearse con los lores ingleses de segundo *rattello*.

EXCMO. SR. D. ANTONIO DE LOS RIOS Y ROSAS.

De este hombre público, el primer orador parlamentario de nuestra época, el elocuente tribuno del partido conservador-liberal, es el retrato que aparece en esta página.

No molestaremos á nuestros lectores escribiendo apuntes biográficos, que todos conocen, de este varon esclarecido; ni siquiera citaremos algunos de los vehementes discursos que en muchas ocasiones ha pronunciado en el Parlamento español,—porque la historia política del señor Rios Rosas está íntimamente enlazada con la historia patria, por lo ménos desde los acontecimientos que precedieron—y casi prepararon—á la revolucion de Julio de 1854.

Afiliado ántes al partido moderado, luégo á la union liberal, y por último al conservador-liberal, Rios Rosas huyó de España algunos meses ántes de la revolucion de 1869, y juró no volver á la patria sino cuando hubiese sido vengado aquel insulto famoso que habia hecho un ministerio obcecado á la representacion nacional, mandando apresar y desterrando á los presidentes de las Cámaras y á no pocos diputados y senadores.

Volvió, pues, á España, cuando ya doña Isabell II habia cruzado el Vidasoa, y desde entónces son bien conocidos y están en la memoria de todos, los actos políticos del señor Rios Rosas.

Ha desempeñado los cargos más elevados del Estado; siempre fué uno de los inspiradores del partido conservador, y no pocos hombres políticos le deben la elevacion de que hoy se vanaglorian, y que tal vez no habrian conseguido nunca, sin el generoso patrocinio de este ilustre repúblico y excelente amigo.

Excmo. Sr. D. Antonio de los Rios y Rosas, agraciado recientemente con el Toison de Oro.

Pocos dias hace, el gobierno le ha conferido un collar de la insigne Orden del Toison de Oro, cual digno premio á sus merecimientos. Es jóven aún, y España tiene derecho á esperar mucho todavía del talento y del patriotismo del señor Rios y Rosas.

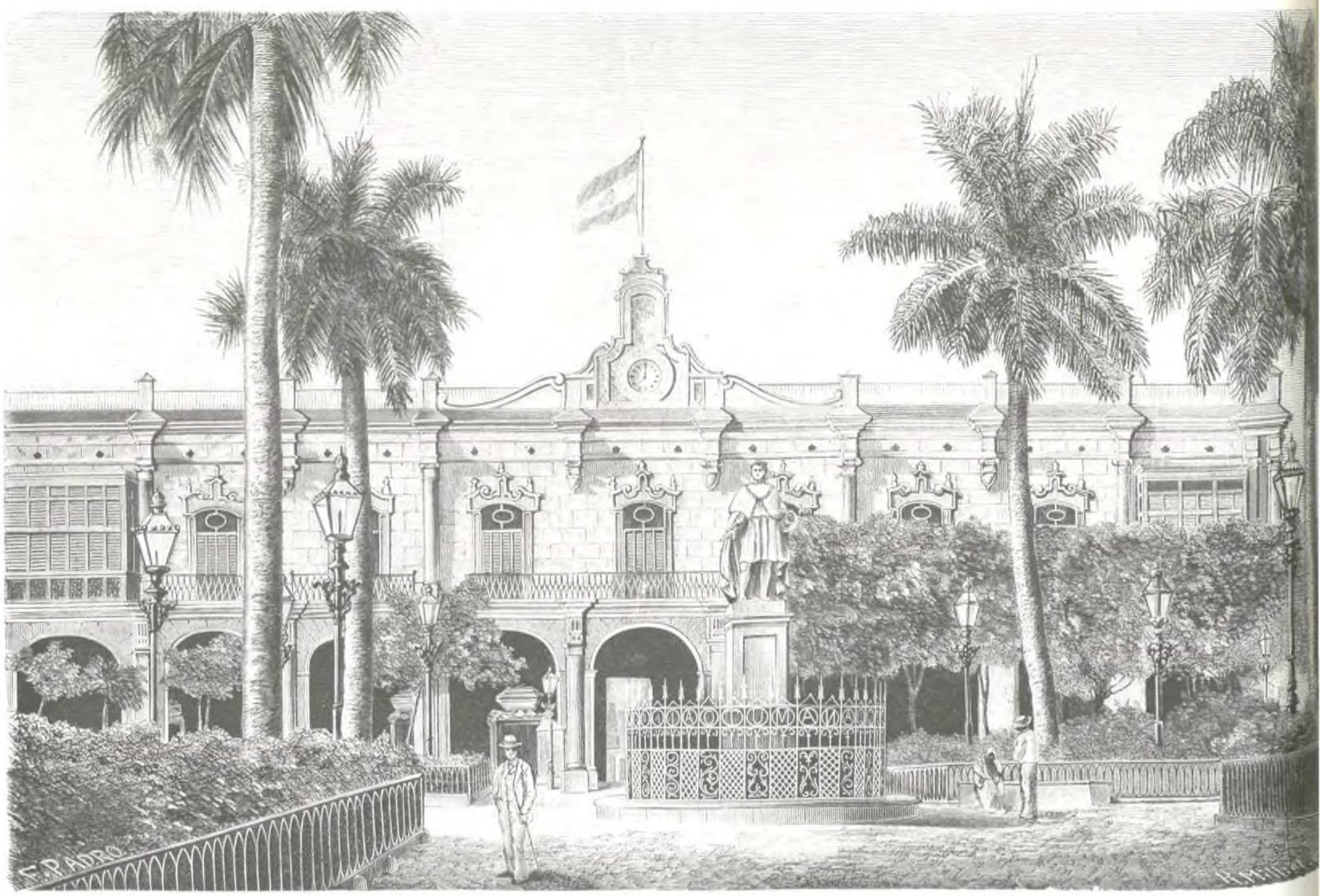
RELACIONES DEL TRABAJO Y DEL CA

MEDIOS DE CONSEGUIR SU EQUILI

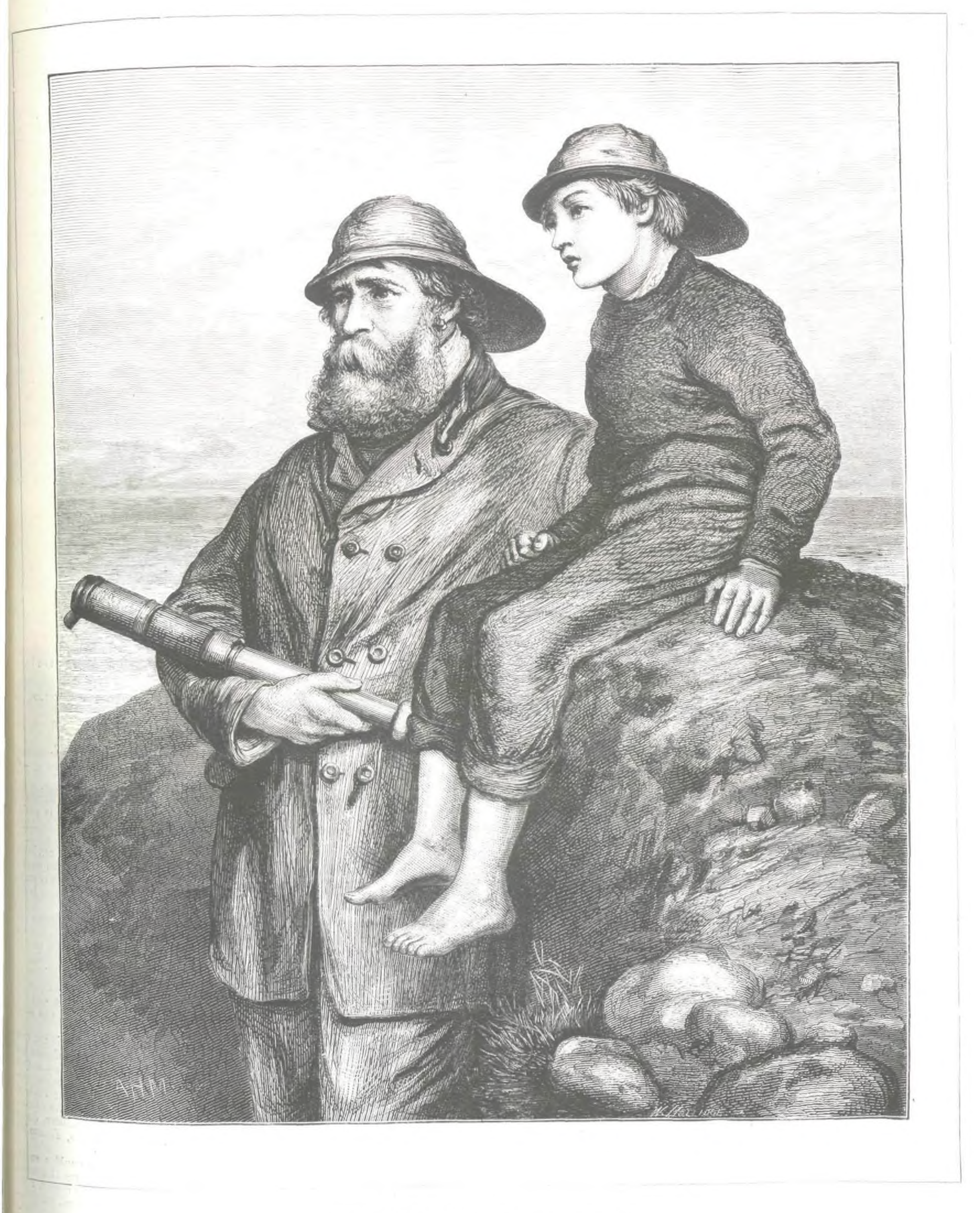
Comunmente se entiende por la forma dada á la materia por la del hombre. Considerado bajo es to de vista, enteramente limitado dado en designar con el nombre de *clases trabajadoras*, al conj individuos que, como los fabri los artesanos, los labradores y ceros, se dedican al trabajo Mas la definicion técnica del tra puede ser esta, y sí la que el ecc don Gabriel Rodriguez, contes el Congreso de Diputados á los de res de la Internacional, expres ciendo: que el trabajo es la del hombre dirigida por la intel y que todo trabajo es intelectual impulso, y ejecutado por los materiales. Ahora bien, sea que sidere el trabajo, en el órden mo un precepto ó un castigo im la humanidad por el Supremo Ce y cuya ley se halla consignada frase bíblica que sentencia al *á la pena de ganar su sustento sudor de su frente*; sea que se ne el trabajo á través del prisma y de la naturaleza, y se admita una imperiosa é imprescindible dad de la criatura forzada á pro narse el alimento y á proveer á gencias de la vida, siempre apare produccion como consecuencia de bajo; y todas las veces que la prod exceda al consumo, este exceso llamará *capital*.

De esta doctrina, que la escuela nomista unánime profesa en esen ce, resultado lógico, la definicion capital; *un efecto de la economía la prevision* que engendra la ri y por lo contrario, el total consumo de lo produ la imprevision, ocasiona *la pobreza*.

En el terreno de la ciencia, y procediendo



ISLA DE CUBA.—Vista de la plaza de Armas de la Habana (pág. 135).



BELLAS ARTES.—«El vigía de la costa» (pág. 135).

sistática análisis de la razon, este origen hipotético del capital se presenta al juicio imparcial del estudio con todas las apariencias de un axioma: pero si con detencion se excudriñan las procedencias del capital, al ménos en la época en que vivimos, no puede ménos de reconocerse que los orígenes de la fortuna de nuestros capitalistas distan mucho, en lo general, de los principios que hemos establecido como primitivas leyes del capital; y puede decirse que la riqueza en nuestros dias es rigorosa palanca que imprime el movimiento á la agricultura, la industria y al comercio, realizacion del latino adagio: *audaces fortuna juvat*, es en la práctica, salvo varias excepciones, un hecho del azar, del agio y del juego. Así ante la diaria exhibicion de esas opulencias de ayer improvisadas, inatacables, quizás al punto de vista de una legitimidad incompleta, pero perfectamente ilegítima en el íntimo tribunal de la conciencia pública, único al amparo de las necesidades ordinarias de la vida, nada extraño puede parecer se sustituya, en la masa de los desafortunados, al sentido moral una ardiente y devoradora sed de posesion de ese ansiado y pronto realizable bienestar, y fácil es concebir que al recibir de las revoluciones la consagracion de sus derechos políticos, el pueblo vislumbrase la conquista de una igualdad material codiciada. Despues en el silencio de la meditacion, en las angustias del hambre y de la necesidad, en la paralizacion de las transacciones comerciales que siempre acarrean los disturbios civiles, el proletario ha podido soñar el anhelado éxito de una revolucion del órden establecido y una repartícion de bienes, estableciendo tácitamente en su mente un nuevo estado basado en la funesta doctrina de que de todas las fuentes de riqueza, el trabajo es la última y la más pobre.

El capital, por su parte, ligado al trabajo intelectual y trasformado en fuerza potente, debió oponerse á las pretensiones del proletariado, y atrincherado en la propiedad del metálico, de la industria y de la tierra, creyó salvarse de la prevista ruina por medio del vasallaje y de la dominacion. De este antagonismo surgieron los credos socialistas y comunistas, que destruyendo el justo y prudente equilibrio de las relaciones que debian existir entre el trabajo y el capital, congregaron á su alrededor la masa de los desheredados en lucha abierta contra la nueva aristocracia del dinero, erigida en casta más odiosa que la del feudalismo, pues no hallándose cimentada como la primera en gloriosas tradiciones y levantados sentimientos, no halla por lo comun para ocultar su plebeyo nacimiento en sus improvisados blasones, más que alardes de una estéril filantropía y la oficial proteccion al desvalido, á quien ofende y aleja en vez de atraer y captar.

Al tratar de las graves cuestiones sociales que en nuestro siglo se agitan, se ha dicho, y con razon, que la crisis que atravesábamos era de suma importancia á la par que la más terrible que se hubiera presentado; pues si bien en todas las épocas de la existencia de las sociedades la historia registra sacudimientos profundos, despues de ser éstos de corta duracion y semejantes á los fenómenos fisiológicos del cuerpo humano en el desarrollo de los diferentes períodos de su constitucion, siempre la antorcha de una fé y de una religion ilumina en el horizonte de los pueblos así conmovidos, un porvenir y una idea que á la par que los alentaba en las crudezas del sentimiento, les hacia concebir las esperanzas de un futuro mejor. Mas en el dia, que por todos se proclama, si no extinguida, al ménos vacilante é incierta la consoladora luz de las antiguas religiosas creencias, sólo aparece en el porvenir una informe y fantástica figura de duda y aberracion cuando no se dibuja en fulgentes é incendiarios caractéres el *Mane Thecel Fares*, que una asociacion, engendrada por el materialismo y el ateismo, y alimentada con todos los ódios y las pasiones más vehementes y brutales, traza en las doradas paredes de la mansion de una sociedad egoista, olvidada de Dios y entregada al sensualismo.

No hay que hacerse ilusiones: el catolicismo, que se pretende muerto, y que sólo yace sepultado bajo los escombros, que de sus glorias le ha cubierto el genio infernal, el catolicismo, con vida y pronto á renacer, es sólo capaz de regenerar nuevamente las sociedades, y sólo puede con la moral de sus fraternales doctrinas imponer á los ricos las obligaciones de su estado y alimentar en los pobres la resignacion y la esperanza.

Consignada esta verdad, nos resta sólo ahora examinar los medios más á propósito, en el campo de las teorías economistas, para evitar los fatales efectos que en la lucha del capitalista y el proletario deben resultar para la sociedad entera.

Se comprende desde luego las grandes dificultades que se anteponen á la inmediata solucion del problema, y se observa con profunda tristeza que los llamados á cooperar con su inteligencia á un resultado satisfactorio, son por desgracia los que mayores obstáculos han puesto á la debida realizacion. En efecto, los filántropos que se han ocupado del mejoramiento de las clase obreras, y hablamos de los que han procedido de buena fé, no han sabido, ó no han podido evitar los escollos de las escuelas llamadas regeneradoras, y han caido en las utopias del comunismo y de la demagogia, apartándose en sus teorías de la religion, de la familia y de la patria, únicas fuentes de verdadero progreso y civilizacion. Estos principios, esparcidos en el seno de la fogosa multitud proletaria que sólo obedece á sus instintos, sin educacion y con poca inteligencia, debian producir los frutos fatales que hemos visto germinar y predisponer al proletariado á dejarse conducir ciego é inconsciente á todas las empresas anárquicas, las más atrevidas, cuyo sólo objeto se reducia á alcanzar puestos lucrativos y honores para los agitadores de todos los partidos que, erigiéndose en sus jefes, hacian servir de peldaño al artesano honrado y laborioso para escalar el poder codiciado.

Así pues, la gran dificultad consiste en formar reuniones de obreros dotados de cierta dósis de moralidad y de instruccion, y capaces de comprender las leyes de la economía social, con el propósito firme de obedecer á ellas y la voluntad decidida de apartarse de las fantasías y alucinaciones de una época de charlatanismo y patriotería. Con estos elementos, y á impulso del espíritu asociativo de nuestro siglo, que parece imprimir este su carácter hasta en las constituciones políticas de los Estados, no cabe la menor duda se podrá alcanzar, si no la completa y radical curacion del mal que amenaza á la sociedad, al ménos la modificacion de sus efectos y la desviacion del cataclismo que se presenta cercano. La más difícil de las asociaciones obreras no consiste en constituirse y vivir; lo más difícil es la civilizacion de los asociados: y hallado una vez el secreto de que el trabajo puede comanditarse á sí mismo, en su ser, reune los elementos suficientes de potencia, que con el temperamento de las sociedades modernas, el progreso de las ciencias, de las artes y de la industria, y la rapidez de las comunicaciones, contribuirán á una notable elevacion de las clases obreras, cuando no á su emancipacion.

Las asociaciones obreras son los focos de produccion que con el tiempo han de venir á destruir las sociedades anónimas, en las que, como dice Proudhon, no se sabe quien es el más indignamente explotado, si el trabajador ó el accionista.

Créense, pues, asociaciones gremiales de obreros que, con todas las garantías posibles de libertad, de igualdad y de fraternidad, formen capitales de su trabajo: y apartadas de las pestilenciales atmósferas de la demagogia, rodeadas de sábias instituciones contra el fraude, el agio, la estagnacion, las huelgas sean centros de economía y depósitos previsores para el socio en caso de enfermedades ó inhabilitacion. ¿Cuál debe ser la accion de los gobiernos en el planteamiento y desarrollo de este sistema? Mucho se habla de filantropía, y se advierte en todas las revoluciones que cambian la faz de los Estados una especie de ardoroso empeño en proclamar lo necesario que es el mejoramiento de las clases desheredadas; pero, por desgracia, se advierte tambien que despues de la victoria el partido triunfante que más alarde hizo de sus sentimientos fraternales, es el primero en olvidar sus promesas, embriagado sin duda por los vapores del triunfo. Mas no deben los gobiernos todos creer que pueden impunemente seguir por largo tiempo esta conducta, y si no escuchan como deben las justas reclamaciones del pueblo trabajador, llegará un dia en que éste, cansado de esperar y de sufrir, se lanzará á conquistar por su cuenta los derechos que tanto tiempo se le han negado. Lo que se pide, pues, es la igualdad ante la ley, y por esto se entiende la proteccion al trabajo como hoy se concede al capital.

Justicia y moralidad, este es el lema que ha de servir en lo sucesivo de faual en la marcha del progreso y de la civilizacion.

Terminaré este ligero estudio, bosquejado derrotero, que debió habernos servido de guia en la discusion propuesta por la seccion de ciencias morales del Ateneo científico y literario (1). Citaremos como final la octava 33 del poeta don Pedro Madarra de Avellaneda, que hallamos en su notable traduccion de los tetrásticos de San Gregorio Nanciaceno, y dice así:

Más noble es la pobreza y más preciosa
Que la usura espléndida opulencia;
Como mejor que la salud viciosa
La dura, larga y pálida dolencia,
La hambre á pocos fué tan rigurosa
Que entre el filo cruel de su violencia
Dieseu las vidas; mas la pena es cierta
De quien errando á Dios, al oro acierta.

(1) Y que sometemos á la inteligente consideracion de los ilustrados suscritores de esta revista.

Pintura sublime, que con admirable verdad retrata la presuntuosa ciencia moderna que se miente regeneradora de la sociedad, y que negando á Dios y mofándose de la religion, trata de destruir en el corazon de la humanidad las nobles instituciones de la familia, de la patria, á la par que empuñoña los sanos preceptos de la filosofía cristiana, para sobre las ruinas de la dignidad del hombre levantar el altar al materialismo brutal é inconsciente.

A la vista se dibujan en sombrío porvenir las fatales consecuencias que habian de originarse del trastorno de las odiosas nuevas doctrinas. Reducida á polvo ceniza la obra de los siglos, destruida toda fé y todo freno de la moral, las sociedades, los pueblos y las naciones se convertirán en manadas de fieras sin ley que los apetitos, sin otro elemento civilizador que la fuerza, ni más Dios que su insaciable sed de riqueza y de goces materiales; sus jefes serán aquellos mismos doctores que, prometiendo á los incautos afiliados derechos ilusorios, y despues del escarnio ceñir su frente con la corona de una ridícula realeza, someterán este envilecido soberano al yugo de un tiránico despotismo y al embrutecimiento más bajo.

Preciso es oponerse al desbordado torrente que amenaza arrasarlo. Preciso es que el proletario comprenda que el restablecimiento de la doctrina cristiana es el único freno que ha de contener la fresca carrera de la máquina social; que al vapor de esa *libertad* mentida, de una *igualdad* imposible y de la *fraternidad* irrisoria, le precipita en el caos del abismo sin fondo, en vez de conducirlo á ese fantástico eden de emancipacion, de enaltecimiento intelectual, de felicidad material, tan pomposamente decantado y predicado por la Internacional y sus apóstoles.

«Socialistas, dice Pascal en sus *Cartas provinciales*: hay dos cosas en vuestros errores; la impiedad que los hace horribles, y la impertinencia que los presenta ridículos.»

Sin religion, añadiremos nosotros reasumiendo, no pueden existir las tres condiciones precisas del verdadero progreso y civilizacion. El trabajo poseido igual y proporcionalmente repartido y protegido contra la tiranía del capital ó las exigencias exageradas del trabajador, se convertiria en monopolio del poderoso ó en arma brutal del desvalido. La justicia que debe regular los derechos de todos y ser un dique contra los que atentan á la seguridad, al órden y á la libertad de la sociedad, sucumbiria á la presion de la fuerza. La economía, en fin, fuente de la riqueza pública y particular, presa de la ambicion inmoderada de los gobernantes, desapareceria dejando en su lugar la miseria y la abyeccion.

J. DE ORESO QUEVEDO.

EL MARQUÉS DE MIRAFLORES.

A las nueve en punto de la mañana del 20 de Febrero último, falleció en esta corte el Excmo. señor don Manuel de Colsa y Pando, marqués de Miraflores —uno de los hombres más distinguidos de la política, modelo de caballeros, ejemplo de lealtad y de hidalguía á la primera clase del Estado.

La muerte parece que se complace en arrebatar uno por uno á los hombres más eminentes del partido conservador: Istúriz, el conde de San Luis y el marqués de Miraflores, han bajado al sepulcro en breve tiempo.

No es posible trazar la biografía de este varon ilustre, sin bosquejar al mismo tiempo la historia del reinado de doña Isabel II,—y los límites que nos han fijado son bien angostos.

Citaremos solamente uno de los hechos más notables que resaltan en la vida pública del marqués de Miraflores, cuya noble independencia de carácter apreciaban todos, y fué objeto, en más de una ocasion, de envidiables elogios.

Gobernaba, en 1845, el duque de Valencia con una mayoría ficticia en el Parlamento, que reflejaba las ideas particulares de cada uno de los ministros que componian el gabinete, más bien que una union compacta y sólida en cuestiones de principios: Pacheco había enarbolado la bandera del *puritanismo constitucional*, y atacaban al ministerio hombres, de la minoría moderada, como Seijas Lozano, Fernandez de la Hoz, Nocedal, Llorente y otros.

Los ministros estaban tambien desunidos en la cuestion de la boda régia; pues mientras el general Narvaez, tal vez de acuerdo con la reina madre, apoyaba las pretensiones del conde de Trápani, los señores Martinez de la Rosa, Mon y Pidal las rechazaban.

El excesivo rigor, por último, desplegado al sofocar la revolucion de Andá, que costó la vida al general Zurbano y á sus dos hijos, fué la causa ostensible de la discordia que apareció en el bando moderado, y quedó vencido el primer ministerio del duque de Valencia.

Necesitábase un hombre que uniera la mayoría, que hiciera olvidar, con medidas de tolerancia política y con actos de constitucionalismo, la tirantez de la situacion anterior:—y este hombre fué el marqués de Miraflores, á la sazon presidente del Senado, cuyo tacto, sano criterio, carácter conciliador y templado, le hacian aceptable á todas las tracciones de la Cámara.

Rodeóse de hombres como Arrazola, Istúriz, Roncali y Peña Aguayo, no buscados en las filas de la mayoría, sino en las dos parcialidades que la dividian, como medio de unirlas en patriótico lazo.

Equivocóse el marqués de Miraflores: pero su intencion generosa la ha apuntado la historia contemporánea, y habria tambien realizado sus nobles propósitos, que no eran otros sino el de moralizar el país y proclamar el imperio de la ley, si hubiese habido más buena fé en los partidos y ménos ambicion en los hombres.

¿Qué obstáculos—dice un historiador—podia encontrar aquel ministerio recien nombrado por S. M., y aprobado por los Cuerpos colegisladores y las simpatías del país?

Y los encontró, sin embargo: porque desde el primer dia se hallaba moribundo, aquejado de grave y continua crísis, y sin fuerza para plantear su aplaudido sistema.

No se olvidará tan fácilmente la escandalosa sesion del 16 de Marzo de 1846, calificada en pleno parlamento por el general Pezuela de *atentatoria á las prerogativas de la corona*: el marqués de Miraflores dió explicaciones dignas, mesuradas y comedidas, y la mayoría ofreció entónces su decidido apoyo al gabinete.

Pero en aquella misma noche, cuando este habia adquirido en el círculo legal del Parlamento y de la opinion inmensa fuerza y estabilidad, S. M. la reina, al presentarse en palacio el marqués de Miraflores, mandóle que acordase inmediatamente, con sus compañeros de gabinete, la disolucion de las Córtes, á causa de la escena tumultuosa que habia ocurrido por la tarde.

No lo hizo el puritano marqués de Miraflores: él, además, no podia ser ingrato con unas Córtes que acababan de ofrecerle su apoyo y le habian dado un voto de confianza.

Quizás estaba persuadido de que el decreto de disolucion que se le *mandaba pedir* era al mismo tiempo el mejor medio de realizar, con nuevas Córtes, el programa ministerial que se habia impuesto: mas el noble marqués hizo presente á sus compañeros que era preciso dimitir sus cargos, ántes que aceptar y rubricar el decreto, y el ministerio presentó la dimision, y subió al poder el ministerio Narvaez-Egaña-Pezuela.

Este acto de cordura, de constitucionalismo, de entereza, honró mucho al marqués de Miraflores.

No hay para qué decir que este ilustre hombre público desempeñó los cargos más elevados del Estado; fué guía constante del partido conservador, y era apreciado por todos, hasta por sus más encenados adversarios políticos.

Ocho dias ha durado su última enfermedad, de término tan funesto: el lunes 10 de Febrero, guardó el lecho; el jueves presentó la dolencia síntomas alarmantes, y el piadoso enfermo reclamó los Santos Sacramentos; el viernes mandó que se pidiese por telégrafo á Su Santidad la bendicion papal, que no llegó hasta el domingo por la tarde; el lunes en la noche, conservando despejada su razon, recibió el Sacramento de la Extrema-Uncion, dió á besar su mano á la desconsolada familia que le rodeaba, y se despidió de sus amigos; el martes, como ya hemos dicho, á las nueve de la mañana, exhaló su postrer aliento con la tranquilidad del justo.

«Cuando se cierran los ojos al eterno sueño—diremos con un excelente periódico conservador—y se abre una tumba en que no puede arrojarse más que un poco de polvo, ni hay más tributo que el de la oracion, ni hay más consuelo que el de la fé.»

FLAVIO.

EL VIGÍA DE LA COSTA.

CUADRO DE MR. A. H. MARSH.

El cuadro de que es copia el excelente grabado de la pág. 133, pintado por el jóven y distinguido acuarelista inglés Mr. A. H. Marsh, y que su autor ofreció á la Sociedad de acuarelistas de Lóndres (*Society of Painters in Water Colours*), al inscribirse como socio de la misma—en cumplimiento de una prescripcion reglamentaria,—ha llamado con justicia la atencion de todas las personas inteligentes que han visitado la Exposicion internacional que acaba de celebrarse en la capital de Inglaterra.

Esa figura, severa y simpática á la vez, de rostro impasible y mirada fija y centellante, sentada en el pico más alto de una escarpada roca que baten las agitadas olas, con el anteojo en la mano y los ojos clavados en la fácil nave que se distingue en lontananza, luchando con el mar embravecido,—es el retrato exacto de esos viejos marinos de las costas de Inglaterra, *coast-pilots*, que prestan servicios tan señalados, en circunstancias dadas, á las embarcaciones sorprendidas por la tempestad en las cercanías de las costas.

Al lado del viejo lobo marino está su hijo, cuya figura juvenil y delicada contrasta agradablemente con las testadas facciones de aquél, que le acompaña con frecuencia en sus excursiones, y aprende desde buen jóven el arriesgado oficio del padre.

Las acuarelas de Mr. A. H. Marsh, que se complace en describir asuntos marítimos, tienen más de un punto de semejanza, en opinion de críticos muy inteligentes, con las del famoso acuarelista Mr. J. D. Watson.

Este el mejor elogio que puede hacerse de Mr. Mars, cuyo *debut* en la *Society of Painters in Water Colours* no olvidarán tan pronto los verdaderos *amateurs* del arte divino de Rafael y Velazquez.

LA PLAZA DE ARMAS DE LA HABANA.

En los primeros dias de Octubre del año 1868, en el monton de casuchas y *bohios* que forman el *caserío* ó *pueblo* de Yaribacoa, á tres leguas de la pequeña poblacion llamada Yara, jurisdiccion de Manzanillo, cerca de la ciudad del Bayamo, una de las más antiguas, si no la más antigua, de la Isla de Cuba, se inició un levantamiento contra la madre patria España, promovido no sólo por cubanos, descontentos los unos y arruinados los otros, sino tambien, y alizado de un modo especial, por crecido número de dominicanos, mejicanos, peruanos, venezolanos y chilenos, refugiados en la Isla española, donde con tanta humanidad y tan grande generosidad se les habia acogido, como á hermanos, como á hijos, facilitándoles el modo de trabajar con grandes resultados: de encerse muchos de ellos fortunas de alta consideracion, á la sombra de nuestro pabellon y protegidos por nuestro gobierno; de enlazarse otros con bellas y ricas herederas cubanas, y pagando todos con tamaña ingratitud la benevolencia española.

El grito de Yaribacoa, ó de Yara, fué el fatídico sonar de la campana que habia de llevar durante cuatro años sobre aquel jardin del mundo, sobre aquel verdadero oasis, tantas lágrimas, tantos crímenes, el robo, el fuego, el asesinato, la destruccion en aquel paraiso terrenal, donde la vida se deslizaba en medio de todas las seducciones, de todos los encantos, en la abundancia, en la riqueza, en la paz inalterable que se gozaba en la siempre llamada *virgen Cuba*, la isla fiel por excelencia, la mimada del pueblo español y de los monarcas españoles, que desde la pérdida de Méjico habian fijado todo su interés, cuidado y afan, en hacer de la Isla de Cuba la más bella, opulenta y feliz de todas las colonias del mundo, así españolas como extranjeras.

Desde el malhadado mes de Octubre de 1868 hasta hoy, la atencion de la Europa, la atencion del mundo, está fija sobre nuestra España y nuestra Isla de Cuba, y las naciones extranjeras ven con asombro lo que nosotros hemos hecho en estos cuatro años para la defensa y conservacion de aquella preciosa isla, sangre de nuestra sangre, pedazo de nosotros mismos, que tanto nos ha costado conservar; ven cien mil *españoles de pura cepa*, nacidos unos en Europa y otros en América, viviendo todos en Cuba, decididos á sepultarse entre sus ruinas primero que consentir en que la bandera de la PATRIA sea arriada por nada ni por nadie en aquella tierra española, y solo española; ven que, no obstante nuestras desgracias en la Península, nuestra desorganizacion política, nuestra pobreza, el atraso de nuestro comercio, industria y agricultura, y la lucha incesante y patricida de nuestros partidos políticos, España, nuestra incomprensible España, aún ha podido mandar más de sesenta mil hombres á la Isla de Cuba en cuatro años, á combatir y vencer una rebelion inicua, atizada por todos los pueblos de América, con tonos; y detrás de esos millares de hombres, ha mandado montes de oro, ella, que tan pobre se la juzga: ella, que, con efecto, tan pobre está, pero que jamás retrocede, cuéstela lo que la costare, en luchas donde se juega su honor como nacion, su porvenir como pueblo que algo vale y que algo quiere valer.

Y todo lo que durante esos cuatro años ha pasado y sigue pasando en la Isla de Cuba, ha hecho que se desee cada dia más en el mundo el conocimiento exacto, minucioso de aquel hermosísimo país, de sus recursos, sus habitantes, sus costumbres, sus poblaciones importantes, sus campos, sus edificios más notables, todo lo que sirva para el estudio de aquella isla verdaderamente prodigiosa, envidiable y envidiada.

En lo que nuestras fuerzas alcancen, algo hemos de hacer en aquel sentido, porque queremos con todo nuestro corazon, con toda nuestra alma, que la nacion española, toda entera, desde el último rincon de Castilla y de Aragon, de Navarra y Extremadura, comprenda lo que tiene en Cuba, *se empape*, *se infiltre*, por decirlo así, en lo que es para ella aquella isla, y se decida de una vez para siempre á no perderla por nada ni por nadie; á sucumbir primero que dejársela arrebatar; á alargar la vez en la garganta de los miserables que puedan ni indicar siquiera, aquí, ó allá, á donde fuere, que la isla opulentísima por excelencia, deje jamás de pertenecer á España. Acábese la actual lucha patricida, parricida y fratricida, y entónces se verá cómo se levanta de nuevo Cuba, ántes de seis meses, más potente que nunca: se verán brotar de ella verdaderos ríos de oro, que vendrán á pagarnos centuplicado, mil por uno, cuanto en estos cuatro años llevamos gastado por conservar la Isla española, salvo la sangre de nuestros hermanos sacrificados en la lucha, que esa no tiene precio, no.

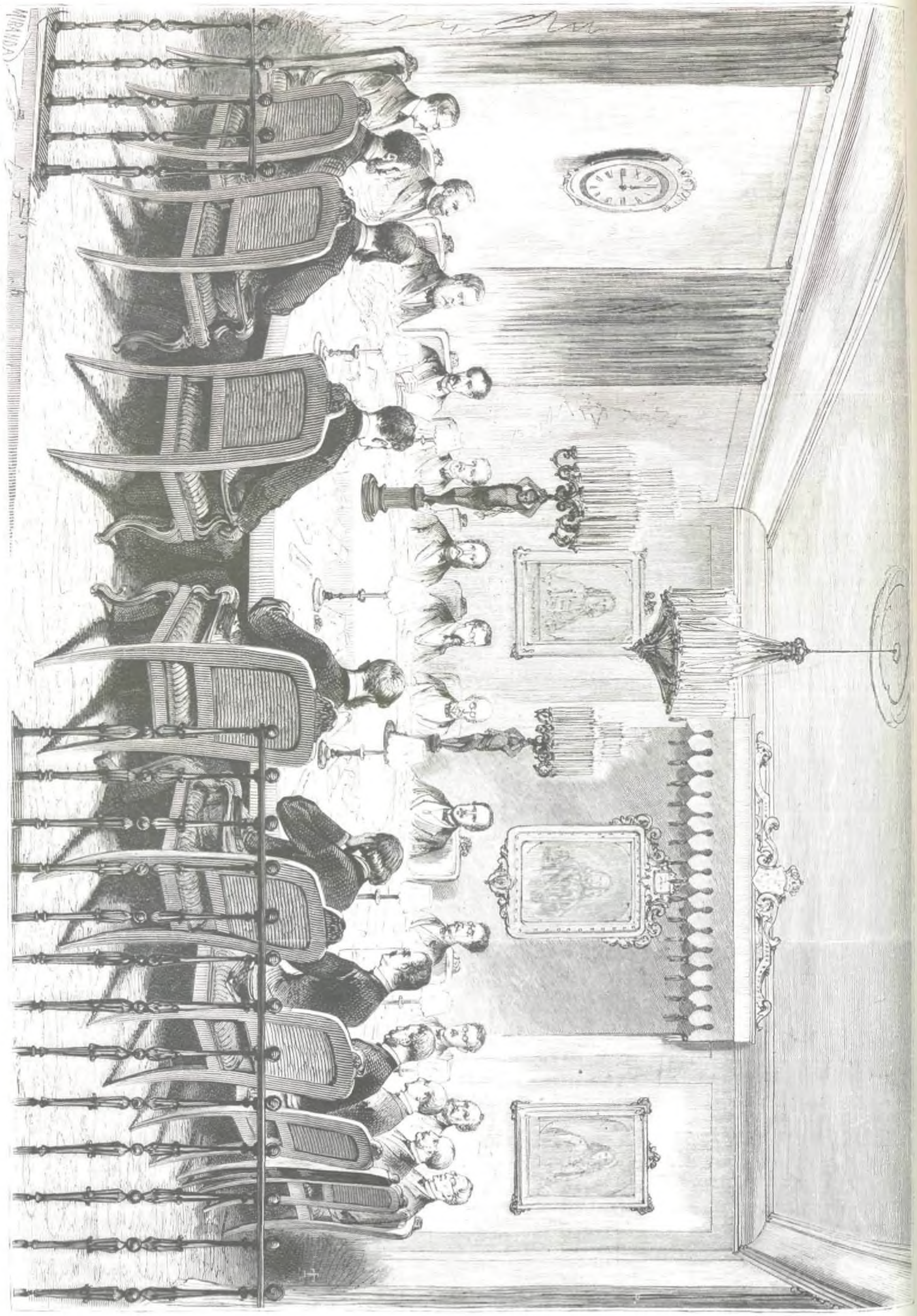
Ya hemos de ocuparnos de cosas y personas, tipos y costumbres de aquel espléndido país en las columnas de este interesante periódico; pero ahora solo tenemos espacio para referirnos á lo que representa el grabado que, sin duda, ha de llamar vivamente la atencion de sus suscritores y lectores.

¿Quién no ha oido hablar de la famosa y preciosa PLAZA DE ARMAS DE LA HABANA? ¿Quién no aspira á leer algunas *notas biográficas de ella*? ¿Quién no desea conocerla, forjarse aunque no sea más que una ligera idea de aquel renombrado paseo en la capital de la más grande, más hermosa y más opulenta de las Antillas?

La plaza de Armas de la Habana tiene algo de la plaza de Oriente en Madrid en los meses de verano, algo de la plaza de Mina en Cádiz, algo de la plaza Nueva en Sevilla; pero, sobre todos estos paseos de España, tiene su fisonomía especial, especialísima, su fisonomía de los trópicos, aquel purísimo cielo azul y aquel sol calcinador, durante el dia; pero, por la noche, aquella suave brisa del mar cercano, aquella luna esplendidísima, aquellos millones de fulgurantes estrellas sobre aquel cielo limpido, trasparente aún.

En el centro de la plaza de Armas se levanta un sencillo pedestal de mármol blanco, y sobre este pedestal se ve colocada aún una grande estátua del rey Fernando VII, que tanto amó y tanto protegió á la Isla de Cuba durante su reinado, estátua que no es, ciertamente, ninguna maravilla del arte, pero que se conserva allí, á pesar de los cambios políticos por que ya pasando nuestro país, como un tributo de leal reconocimiento de la poblacion al monarca á quien tanto debió. Rodea al pedestal una grada de tres escalones de piedra, y esta grada está rodeada á su vez por una elegante verja de hierro, concluyendo en lanzas, todo pintado de blanco, tal como se ve en el grabado, y que atestigua ser una expresion de reconocimiento del Ayuntamiento de la Habana hácia Fernando VII. En derredor de esta verja hay un espacio circular, perfectamente enbaldosado con grandes baldosas, ancho como de veinte á veinticinco varas, círculo que suelen ocupar siempre las músicas militares, ya cuando tocan de dia durante los desamanos ó en otros actos oficiales en el palacio de los capitanes generales, ya todas las noches durante la retreta, es decir, de las ocho á las diez, retreta que en la Habana llaman gráficamente *La ópera económica*, por las selectas piezas de ópera, aires del país, aires peninsulares, bailes y otros caprichos que durante ella tocan las mencionadas músicas.

En derredor de este círculo enbaldosado, se ven largos asientos de piedra con respaldo de barras de hierro, para uso del público, que siempre se apresura á ocuparlos, y detrás de estos asientos, formando tambien círculo, se alzan gallardas y á una altura inmensa, ocho enhiestas palmas, acaso las más bellas que existen en toda la Isla, perfectamente cuidadas, rectas, graciosas, acabando cada una en un penacho de plumas que sacude sin cesar, lenta y airosamente, la suave brisa del mar, que tan próximo se halla.



MADRID.—Sesion de la Academia Española, con asistencia de S. M. el emperador del Brasil (pág. 139)

MADRID.—Armadura ecuestre de Felipe II, en la Armería Real (pág. 139).

Al piè de cada una de las palmas hay un gran farol, cada uno de ellos con triples luces de gas, que esparcen en torno suyo una vivísima claridad.

De los cuatro costados de la estátua rompen cuatro anchas calles, embaldosadas tambien, formando cruz, para pasear los concurrentes á la plaza, y todo en derredor de ésta corre otra ancha calle, ó sean cuatro calles, una en cada costado, igualmente embaldosadas; llenando los centros de las cuatro esquinas de la plaza otros tantos primorosos jardines, atestados de flores, hierbas olorosas y árboles escogidos, pero ninguno frutal, adornado cada jardin en el centro con un juego de agua que, en honor de la verdad sea dicho, no tiene nada de particular. Estos cuatro jardines de las cuatro esquinas del centro de la plaza, están rodeados de una modesta baranda de hierro, baja, pero que, á pesar de serlo, ningun pilluelo ni ninguna persona mayor salta jamás, por lo muy respetada que es allí la autoridad, lo educado de aquel pueblo, y la consideracion que se guarda á todas las obras públicas y de ornato de la poblacion.

La plaza entera está rodeada de una fila de asientos de piedra con respaldares de hierro para el servicio del público, y que le prestan gran comodidad, especialmente desde que cae el sol hasta las doce de la noche; y por la parte exterior de estos respaldos de hierro se elevan á los cielos árboles enormes, tan corpulentos, tan copudos y hermosos, que se ha dado ocasiones de ocultarse entre sus ramas uno ó más hombres, sin que desde abajo se les pudiera descubrir.

El alumbrado de gas en toda la plaza de Armas es tan profuso, hasta que amanece, que no se echa de ménos la luz del sol, y puede decirse que es más agradable que aquella.

Despues del respaldar de los asientos de piedra y de los enormes árboles, corren en derredor de la plaza cuatro calles, como de veinte varas de ancho cada una, siendo una de ellas, á un costado, la llamada de O'Reylli, y al otro la llamada del Obispo: las otras dos son sólo trozos de calle sin nombre, pues no tienen más extension que lo ancho de la plaza.

Al frente principal de la plaza de Armas se levanta el palacio de los capitanes generales, la superior autoridad de la Isla, la representacion genuina de la España y del monarca en aquella provincia ultramarina. Aquel edificio, del que se puede formar una idea por el grabado que hoy publica este periódico, en cuyo fin y remate ondea la gloriosa bandera de la Patria, no tiene nada de particular si se le compara con los palacios reales de Europa ó con el nacional de Méjico, pero es ostentoso para una posesion ultramarina, cómodo, capaz, muy bien situado, perfectamente ventilado, y tan sano, que no se recuerda haya dado el vómito ¡el terrible vómito! en él á ningun capitan general, lo que no es poco decir.

Las tres puertas-ventanas del centro, dan salida desde el más grande salon de palacio al balcon de honor, balcon en el cual se mantuvo durante tres mortales horas, *con la cabeza descubierta*, desde las doce del dia á las tres de la tarde, el general Caballero de Rodas, en el mes de Julio, el dia que llegó á la Habana, presenciando el desfile de las tropas del ejército, voluntarios y milicias rurales y *de color*, sin toldo ni dosel que le resguardase de aquel terrible sol de los trópicos, cortesía que pudo bien ocasionarle la muerte, y no se comprende cómo llegó á librarse del vómito dicho general, despues de haber *tentado así á Dios*.

La noche del pronunciamiento de los voluntarios de la Habana contra el general Dulce, en tanto que en la plaza de Armas gritaba la multitud desaforadamente contra él, apellidándole traidor á la patria, las siete puertas-ventanas y los dos miradores del frente de palacio que se ven en el grabado, estaban abiertos de par en par, y en el mirador y en la segunda puerta-ventana de la izquierda asomaba frecuentemente aquel general, solo, sereno, vestido de frac negro, descubierta la cabeza, fumando un cigarro con la mayor tranquilidad, en tanto que la valiente guardia civil de infantería y caballería cerraba las puertas de palacio, quedándose dentro de él para defender al general, en caso de ser atacado el edificio, y que sus contertulios más íntimos le habian abandonado completamente.

Los soportales del palacio son pequeños, no están embaldosados, y no son cómodos de transitar. El patio de palacio, pequeño tambien, y no tiene nada de particular, ni áun una estátua de Cristóbal Colon, de mármol blanco, trabajada en Italia, que se ha puesto en el centro de aquél en los últimos años, y que no es, por cierto, ninguna maravilla. La gran escalera de palacio es cómoda, espaciosa, bien ventilada, pero vulgar. En la planta baja del edificio están las oficinas del Gobierno político de la Habana, y en el entresuelo, á derecha é izquierda, las del Gobierno superior civil de la Isla, y las militares de la Capitanía general.

El costado de palacio por la calle del Obispo le ocupa el Ayuntamiento de la Habana; de modo que en las fiestas más solemnes que se han ofrecido en aquel edificio, especialmente siendo capitan general de la isla don Jose de la Concha, luégo marqués de la Habana, se llegaron á abrir hasta nueve salones á la brillantísima é inmensa concurrencia que los poblaba, en la que figuraba, no sólo cuanto en la Habana valía en posicion, en riqueza y en talento, sino cuanto llamaba la atencion en toda la Isla, pues á toda la Isla solía extender sus invitaciones en tales casos el señor general Concha.

El salon del Trono en aquel palacio es pequeño, como sucedia en París en el de las Tullerías, á la inversa que en nuestro palacio real de Madrid. Es pequeño, sí, pero decoroso y bello en lo posible. Durante el reinado de doña Isabel II, no hubo en aquel salon ningun otro lienzo más que el retrato de cuerpo entero de aquella augusta señora, tan querida en Cuba por todos los buenos españoles, que la son afectos siempre.

Dicho retrato era un regalo hecho por la misma soberana á aquella Capitanía general, pintado por Madrazo, y una verdadera joya artística en cuanto á pincel, por más que no pudiera decirse lo mismo respecto al parecido.

El retrato de la reina estaba bajo un dosel de terciopelo púrpura. Delante del retrato, sobre tres gradas, estaba un gran sillon, del mismo terciopelo, vuelto hácia el retrato, en señal de ausencia del dueño, y en el respaldo del sillon se veian, bordadas de oro, estas letras: *Y. H.*

Contiguo al salon del Trono está el más grande salon del palacio, bien amueblado, pero sin nada de notable en sus adornos, y ni áun estaban forradas de seda las paredes, sino de papel blanco y oro, nada más. La silleria es de madera dorada y tallada, sin que ofrezca nada de particular.

El palacio tiene cuatro galerías con piso de mármol, como los salones, siendo aquellas bastante espaciosas, cómodas y ventiladas. En el edificio sólo viven el capitan general, su familia, sus ayudantes, algunas veces el secretario político, y la servidumbre de todos. Nadie más, porque en realidad no tiene capacidad para más gente.

Cuando los capitanes generales ofrecen un gran baile en su palacio, las damas habaneras ostentan tal profusion de brillantes, perlas y demás costosísima pedrería, tan ricos encajes, flores y sedas, hechos sus vestidos y peinados tan á las últimas modas de París, que podrian figurar dignamente en las mejores fiestas de las Tullerías y del Hôtel de Ville en sus grandes tiempos, ó del palacio real y los más aristocráticos salones de Madrid y de Lóndres en todas épocas. Para aquellas grandes fiestas, el salon-comedor de dicho palacio es pequeño, pues apenas caben en él doscientas personas.

En el costado de la plaza de Armas por la calle de O'Reilly, se levanta otro palacio, que en los tiempos del superintendente de real Hacienda de la Isla, conde de Villanueva, se llamaba simplemente *la Intendencia*, y que ahora está dividido en dos, ocupando la mejor parte el gobernador político de la Habana con su familia, si la tiene, y si no solo; la otra mitad, que no es tan buena, la ocupa el general segundo cabo de la Isla, tambien con su familia, si la tuviera, ó solo, si carece de ella. No es edificio que en nada llame la atencion. Está en el costado de la plaza, á la izquierda de la Capitanía general. El superintendente, conde de Villanueva, ocupaba él sólo, con su familia, todo el edificio.

Al otro costado de la plaza de Armas, frente al palacio del capitan general, se halla situada la casa-palacio de los condes de Santovenia, alquilada hoy completamente, y establecidos en ella hoteles, cafés, tiendas y almacenes, de modo que se ha utilizado lo mejor posible, sacando una renta crecidísima la señora condesa viuda de Santovenia, luégo marquesa viuda de Castell-florite, que tanto tiempo residió en España, en vida de su tercer marido el general Dulce, y que en la actualidad se halla en París.

A la derecha de esta casa-palacio de los condes de Santovenia, se halla el monumento consagrado á la memoria de Cristóbal Colon, y la pequeña capilla levantada en el sitio mismo donde se dijo la primera misa al aire libre en la Isla de Cuba, despues de tomar posesion de ella el gran navegante en nombre de los señores Reyes Católicos doña Isabel de Castilla y don Fernando de Aragon. Ni el monumento ni la capilla ofrecen nada de particular que merezca ser descrito.

El cuarto costado de la plaza de Armas es la continuacion de la calle del Obispo, de modo que entre de aquella sólo hay la correspondiente série de casas y de establecimientos de todas clases que se dedican á poner.

Durante el dia, el terrible sol de los trópicos, todos los meses del año, no permite que nadie se detenga en las embaldosadas calles de la hermosa plaza de Armas; pero á la caida de la tarde, y durante las deliciosas noches de la Habana, aquellas se pueblan completamente de jóvenes encantadoras, vestidas siempre de gasa, punto ó de otras telas ligeras, pero escotadas constantemente, los brazos desnudos, y flores ó cintas en la cabeza, como si fueran á un baile, lo que tan grata impresion causa al europeo ó americano que llega por primera vez á aquella deliciosa isla.

Dicho se está que *donde van ellas, van ellos*, por tanto, inútil es decir que á las mismas horas en la plaza de Armas poblada de galanes de pantalon y chaleco blancos, ya paseando por las calles de aquella, *ya al piè del estribo* de la multitud de coches, carretelas, berlinas y quitrines que se estacionan en derredor de la plaza durante la retreta, todos abiertos, ocupados por seductoras mujeres, *que no quieren apearse* por no confundirse con las demás en las calles de la plaza, y que reciben, sin moverse de sus carruajes, las visitas de sus parientes y amigos, que van á darlas conversacion durante las dos horas que se prolonga la retreta, manteniéndose *ellos* á piè firme, en tanto que *ellas* permanecen muellemente reclinadas en sus comodísimos carruajes, fabricados en París ó en Nueva-York.

Las dos grandes noches de la plaza de Armas de la Habana, son indudablemente las del jueves y el viernes santos, pues como son dias en que nadie sale en carruaje en aquella ciudad, todo el mundo se confunde, los que le tienen y los que no le tienen, todos acude á la plaza favorita, donde, en vez de una, tocan dos de las mejores músicas militares durante la retreta, y tan inmensa la multitud que acude, que se hace de todo punto imposible dar un solo paso por sus calles. Las *niños* y las *mamás* se fatigan, se van á refrescar á *La Dominica*, la favorita confitería habanera, despues se retiran á sus casas, á descansar de tanta *fatiga*, pues han tenido que *andar las estaciones* á pie, y luego ir hasta la plaza de Armas, tambien á pie, y por último, pasear tambien á piè por las calles de aquella, todo lo cual es demasiado *trajin* para los piés microscópicos de la delicada habanera, acostumbrada á no pisar más que sobre mármoles y alfombras.

Tal es la historia y la descripcion de la plaza de Armas de la Habana, que representa en parte el grabado que hoy ofrece esta interesante publicacion; pues que de ninguna manera puede pintarse, es el bello, mo y magnífico golpe de vista que forma toda ella en una *noche de fiestas reales*.

PASCUAL DE RIESGO.

EL EMPERADOR DEL BRASIL

EN LA ACADEMIA ESPAÑOLA.

S. M. el emperador don Pedro II ha dejado en todas las ciudades europeas que acaba de visitar, recuerdos de respeto, de admiracion, y sobre todo, de profunda y verdadera simpatía. Viaja de *incógnito*, como suelen hacerlo hoy dia los príncipes, para mayor comodidad é independencia. Pero ningun soberano ha sabido aprovecharse tan ámplia y fácilmente como don Pedro de Braganza de esta laudable costumbre; ninguno ha logrado *sacudir con tanta habilidad* y resolucion, en sus viajes, el pesado yugo de la embarazosa etiqueta. Y sin embargo, nadie ménos *incógnito* que el emperador del Brasil. Sale y entra á todas horas sin acompañamiento oficial; recibe con patriarcal llaneza y bondad á los que acuden á tributarle el homenaje de su respeto, y se presenta de improviso, como un simple viajero, en los establecimientos científicos, literarios é industriales. Conoce como pocos el valor del tiempo, y el móvil que le guía es el noble afan de enterarse por sí mismo de la índole y del estado de la civilizacion de las diferentes naciones que recorre.

Don Pedro II, en el imperio brasileño y en su palacio de San Cristovão, á pocas leguas de Rio-Janeiro, es el mismo soberano de formas dignas, sencillas y afables que hemos visto en Madrid. Allí recibe, besa, volo y complacido, así al menesteroso, como al que lleva en torno suyo la aureola de la gloria literaria ó artística. Don Pedro de Braganza no ensalza y protege las letras y las artes únicamente en cumplimiento del

alto deber que tienen los príncipes de fomentar cuanto puede dar lustre y grandeza á la cultura de los Estados; lo hace además, y muy especialmente, porque las letras y las artes son para él el más puro y noble recreo. Siente, ama y cultiva la literatura. Por eso la protege y alienta, no sólo por gallardía de ánimo, sino por aficion y por instinto; por eso los progresos de las letras y de las artes brasileñas han sido, durante su glorioso reinado, tan rápidos y tan decisivos, y han tomado un carácter propio y peculiar de aquel espléndido hemisferio americano.

A su paso por Madrid, el ilustre príncipe ha querido honrar con su presencia á la *Academia Española*, á la cual pertenece como académico honorario. Se presentó en ella el jueves 15 de Febrero último, dia en que la docta corporacion celebraba junta ordinaria, acompañado únicamente de los señores da Gama y Mendes Leal, ministros del Brasil y de Portugal. El señor marqués de Molins, director de la Academia, se esforzó en balde por hacer aceptar al emperador el sillon de la presidencia. S. M., declarando que «allí no era más que académico,» tomó asiento en un sillon cualquiera, y en él permaneció durante toda la sesion, teniendo á su derecha al señor don Antonio de los Rios y Rosas, y á su izquierda al señor don Leopoldo Augusto de Cueto. El emperador usó de la palabra para dar gracias á la Academia por haberlo admitido en su seno, y lo hizo por cierto en el más limpio y correcto lenguaje castellano. El director contestó á S. M. en un florido discurso, en el cual encareció la honra que el emperador dispensaba á la Academia, tomando parte en sus tareas, y recordó los lazos de familia que unian á los ascendientes de S. M. con el rey don Felipe V, ilustre fundador de aquel esclarecido cuerpo literario.

En seguida, el secretario accidental, señor don Antonio María Segovia, dió cuenta á la Academia de varios negocios pendientes; despues de lo cual leyeron el señor conde de Cheste algunas octavas del canto 3.º de *Los Lusiadas* de Camoens, traducidas con elegancia y brio; y los señores Cueto y Valera, respectivamente, algunos trozos de dos eruditos estudios críticos: el primero sobre «la constante fraternidad de origen y ulterior desarrollo de los idiomas y de las letras de Castilla y de Portugal;» el segundo sobre las «Cántigas del rey don Alfonso el Sabio.»

La *Academia Española*, juzgando con razon memorable esta junta, pues no hay ejemplo en sus anales de que otro monarca haya acudido espontáneamente á ser testigo y partícipe de sus tareas, ha acordado, segun parece, publicar separadamente, si bien como parte de sus *Memorias*, una relacion fiel y completa de la mencionada sesion. Contendrá esta publicacion: el acta redactada por el señor Segovia; el discurso del marqués de Molins; el canto tercero de *Las Lusiadas*, traducido por el conde de Cheste; y los dos estudios histórico-críticos de los señores Cueto y Valera. De estos estudios no pudo formarse en la junta sino muy imperfecta idea; porque, aunque encargados por la Academia á sus autores no muchos dias ántes de la llegada del emperador, son harto extensos para que cupiese su lectura en el espacio de una junta.

Cuando salga á luz este interesante libro, procuraremos dar á nuestros lectores noticia exacta y literaria de su contenido.

EL CONFLICTO ANGLO-AMERICANO.

(CUESTION DEL «ALABAMA.»)

Ya hemos hablado largamente (en la *Revista general* de los dos últimos números de LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA) del conflicto ocasionado por las reclamaciones que dirige á Inglaterra el gabinete de Washington, con motivo del asunto interminable del *Alabama*; tambien hemos hecho la historia de este buque célebre, y escrito algunos apuntes que resumian el estado actual de la cuestion.

Hagamos ahora una breve resena de las conferencias celebradas por los comisionados de los dos gobiernos, para el arreglo definitivo.

Recordemos ántes que cuatro buques corsarios, *Georgia*, *Florida*, *Nashville* y *Alabama*, construidos todos, y algunos equipados y armados, en puertos de la Gran Bretaña, escaparonse de éstos con el consentimiento tácito—segun dicen los norte-americanos—del gobierno inglés, y causaron grandes estragos en la marina mercante de los federales.

El de Washington no cesó de reclamar contra estos hechos mientras duró la cruel guerra separatista; pero concluida ésta, una poderosa explosion de la opinion pública estalló contra los ingleses, de la cual fué Mr. Summer, en el Senado americano, el fogoso y elocuente intérprete.

Más tarde, y en virtud de constantes reclamaciones del gabinete de Washington, se nombró una comision mixta, compuesta de cinco individuos por Inglaterra y otros cinco por los Estados Unidos, que, reunida en la capital de esta última nacion, dió principio, hácia el mes de Enero de 1871, á la árdua tarea de procurar un arreglo de las diferencias que habian surgido.

Decian los americanos, en las primeras conferencias celebradas, que Inglaterra no habia observado los deberes que la neutralidad le imponia, siendo la causa primordial, en este supuesto, de las muchas y graves pérdidas *directas* que los cuatro buques corsarios habian ocasionado al comercio y á la industria de los federales.

Las pérdidas *indirectas* no eran ménos importantes, y concluian los americanos afirmando que Inglaterra era responsable en justicia, y estaba obligada, por lo tanto, á pagar á los Estados Unidos una suma crecida, por vía de indemnizacion, cuya cifra se fijaria.

Los comisionados ingleses, rechazando la especie de que la Gran Bretaña era responsable de las pérdidas mencionadas, declararon, sin embargo, que su gobierno, á fin de mantener amistosas relaciones con el de la Union, aceptaria en principio un arbitraje.

Tales fueron, en resúmen, las primeras conferencias, de las cuales resultó el tratado de Washington, firmado el 8 de Mayo de 1871, en virtud del cual debia someterse la cuestion á un tribunal de arbitraje, compuesto de cinco miembros nombrados por el presidente de los Estados Unidos, la reina de Inglaterra, el rey de Italia, el presidente de la Confederacion helvética y el emperador del Brasil.

Los cinco árbitros, que se reunieron en Ginebra el 15 de Diciembre último, y aplazaron las conferencias hasta Junio próximo, son:

Sir Alexandre Cockburne, lord-presidente del tribunal del Banco de la reina; Mr. Charles-Francis Adams, antiguo ministro plenipotenciario de los Estados Unidos en Lóndres; el conde Sclopis, jurisconsulto y senador italiano; Mr. Jacques Stempfli, expresidente de la Confederacion suiza, y el baron de Itajuba, enviado del Brasil en París.

No obstante, la cordialidad era aparente, y hablando con franqueza, el tratado de Washington no estableció sino el principio siguiente: reconocimiento por parte de Inglaterra de la responsabilidad contraida por ésta nacion en el asunto.

Esto bastaba á los Estados Unidos, áun cuando no estaba bien determinado si dicha responsabilidad era extensiva á todas las pérdidas significadas por los representantes americanos, *directas é indirectas*.

En tal situacion, surgió un nuevo conflicto cuando los Estados Unidos sometieron al tribunal de arbitraje, con arreglo al artículo 3.º del tratado de Washington, una exposicion minuciosa de sus quejas y los documentos en que aquella república apoyaba sus pretensiones.

Entónces resultó una viva emocion en Inglaterra, violentas protestas de la prensa, y nuevas y más graves reclamaciones de los Estados Unidos: *esta nacion exige* ahora, segun es público, la enorme cantidad de *cinco mil millones* de francos, á título de indemnizacion—cuya exigencia, segun algunos diarios ingleses, es un pretexto para encubrir las aspiraciones de la ambiciosa república á la posesion del Canadá.

Ahí está el conflicto.

El primer grabado de la pág. 141, cuyo dibujo ha sido hecho por el reputado artista señor Urrabieta, representa una sesion celebrada en Washington por los comisionados ingleses y americanos, para tratar del arreglo definitivo de aquel intrincado asunto.

ARMADURA ECUESTRE DE FELIPE II.

Hijas son de las antiguas grandezas de España, que llenaron el mundo, dos magníficas fundaciones que admiran nacionales y extranjeros: el Museo nacional y la Armería.

Al privilegiado morador de la corte no hay necesidad de encarecerle los tesoros que cada uno de ellos encierra; el extranjero viene todos los dias á contemplarlos y á envidiarlos.

Lleguémonos hoy al severo edificio, labrado por Gaspar de la Vega junto al real palacio, y dejando aparte las inestimables joyas trasladadas de la fortaleza de Simancas á su grandioso recinto en 1565, entre las muy excepcionales que allí campean, maravillas del ingenio humano, monumentos de gloria y de heroísmo, santificados por todo lo que hay de noble, prestigioso y enaltecido en la historia de una nacion; fijémonos en la armadura ecuestre que, bajo el número 2.451, descuella al par de otras en mitad del gran salon.

El Catálogo reza que perteneció al rey don Felipe II, y la describe de este modo:

«Yelmo empenachado con gorguerin; visera de pico de gorrion de dos piezas, la vista y la ventalla; alto gorjal, brazales completos con manoplas; gocete ó guardi-axila derecha; coraza con escarceles; musleras, rodilleras, grebones con espolines y escarpes de pico de pato. Espada valenciana; guarnicion de cruz con dos patillas y una puente; hoja de seis mesas. Barda compuesta de testuz ó testera pequeña, capizana, cuello, pechera ó petral, flanqueras y grupera; freno con guarda-riendas. Silla de armas ó de guerra; estribos con ramajes y veneras doradas.—En todas las piezas de la armadura, así como en las de la barda y silla, se ven aspas y eslabones del Toison, grabados y dorados en anchas fajas.»

Añade, que con esta misma armadura se halla representado el rey en una estátua de bronce dorada á fuego, que hay en un grupo al lado de la epístola del altar mayor de la iglesia del Escorial.

La fotografía nos permite animar esa árida nomenclatura, con un traslado fiel de la bella pieza que describimos.

Como todo objeto de arte suele reflejar las teorías dominantes de su época, la regularidad algo rígida y fría del estilo que dejó cabal representacion en el monumento por excelencia del rígido, frío y adusto Felipe II, vése reproducida en esa propia defensa corporal del vencedor en San Quintin. Seria, sencilla, correcta de lineamentos, dibuja con precision las formas individuales, sin ninguna de aquellas exageraciones que ántes y despues se alejaron de la propiedad, norma segura del buen gusto, para seguir más ó ménos las extravagancias de la moda, inventadas por el traje civil. Nada de irregular se observa en ella: la caja del cuerpo guarda su configuracion natural: los brazos y las piernas quedan bien delineados, con proporcion ajustada, sin detrimento de su libre accion y defensa: las articulaciones son llanas, precisas, de fácil juego y no muy complejo mecanismo, así en los guardabrazos de fajas entabladas, como en las manoplas, codales, rodilleras, grebones y escarpes ó zapatillas, mereciendo especial observacion los encajes de planchuelas de estas últimas, que á más de producir buena vista, se prestan á toda clase de movimientos.

Tal economía de accesorios en unas piezas que ya durante el siglo XIV se recargaron de excrecencias embarazosas, aristones y arrequives, en perjuicio del guerrero, porque sin duda ofrecian más presa á los golpes del enemigo, y en detrimento del buen aspecto, por el extravagante y ridículo cuando no monstruoso aspecto que imprimian á las armaduras, es otra prueba de correccion artística, segun las reglas de aquella escuela que hizo célebres á los Herreras y á los Arfes, y acredita así bien la maestría de los artífices madrileños y toledanos, que iban granjeándose en la panoplia merecida reputacion.

Igual pureza de estilo campea en las bardas de la cabalgadura, cuyos faldones son bastante ligeros y graciosos: no así la ornamentacion de fajas verticales que realzan la armadura del caballero ó festonean la del caballo, y sobre todo algunos ramajes que van sembrados por la pechera y grupera, amanerados y sin elegancia, como solian serlo los de los trajes del mismo tiempo.

Tal es la armadura ecuestre del gran Felipe II, conservada con cuidado y celo en la Real Armería de Madrid, y de la cual ofrecemos una copia en el grabado de la pág. 137.

J. PUIGGARÍ.

HELECHOS. (1)

Antes de exponer, tan sumariamente como nos proponemos hacerlo, algunas generalidades sobre las curiosas plantas conocidas con el nombre de *helechos*, diremos algo sobre su genealogía y colocacion en la série de las *Cryptógamas*; y dejando á un lado la enumeracion detallada de los caractéres diferenciales de su organizacion, pues no es nuestro propósito presentar una leccion sobre la materia, pasaremos á reseñar ligeramente su geografía y algunas de sus aplicaciones.

(1) El reciente envío al Jardin Botánico de esta corte de tres magníficos helechos del género *Dicksonia*, procedentes de la Australia, y regalados por el baron F. von Muller, director del Jardin Botánico de Melbourne, nos ha sugerido la idea de presentar estos desahitados apuntes, conformes en su mayor parte con lo expuesto en la obra de J. Paver, titulada: *Botanique Cryptogramique*.

Constituye el órden de los *helechos* uno de los más notables de la clase de las *Filicíneas*, clase que por presentar constantemente especies provistas de tallo y hojas (ó más bien frondes), así como tambien tejidos vascular y utricular, es superior en la série de las *Cryptógamas*, y ha inducido á algunos á dividir las mismas en celulares [*algas*, *hongos* y *líquenes*] y semivasculares, perteneciendo á estas últimas todas las *Filicíneas*.

Subdivídese dicha clase en cuatro familias naturales, denominadas respectivamente: *helechos*, *lycopodiáceas*, *equisetáceas* y *azoleas*. La primera, de que venimos ocupándonos, y que se caracteriza por presentar hojas nunca verticiladas, limbo muy desarrollado, profundamente recortado en la mayoría de los casos, y gran número de esporangios en la cara inferior de las hojas ó frondes, se subdivide á su vez en otras cuatro familias, que reciben las denominaciones de *Polypodiáceas*, *Marattieas*, *Ophioglóseas* é *Hymenophylleas*, cuyas diferencias características consisten esencialmente en la diversa disposicion de los esporangios, su soldadura ó falta de la misma, y finalmente, la presencia ó ausencia de conecticulo, carácter de que se hace uso para diferenciar algunas tribus.

Encuéntranse los helechos esparcidos en el globo en muy diversas proporciones, segun los climas que se consideren.

De unas tres mil especies que actualmente se conocen, ciento cincuenta á doscientas viven en las regiones frias y las templadas. El resto habita en las intertropicales de los dos hemisferios, y no se extiende más allá de esos límites, sobre todo en el hemisferio austral.

La inmensa mayoría de las que crecen entre los trópicos, son comunes á los dos hemisferios. Algunas familias y tribus, sin embargo, son exclusivamente propias de las regiones cálidas, y de ello tenemos ejemplos en las familias de las *Marattieas*, *Hymenophylleas* de la que únicamente crecen en Europa dos especies, y la tribu de las *Parkeríeas*.

Todos los helechos arborescentes, y particularmente la familia de las *Cyatheas*, que comprende la mayor parte de los mismos, son propios única y exclusivamente de las regiones tropicales, extendiéndose muy poco más allá en algunas islas, tales como las de Bonin de una parte, Nueva-Zelandia y la isla de Juan Fernandez de la otra, que pueden considerarse como puntos límites de su region geográfica.

Como estas mismas plantas constan esencialmente de un tallo vertical, que se alarga más y más sin destruirse nunca por su base, su crecimiento es continuo, y los límites del mismo los que le impongan las circunstancias exteriores. Hasta de veinte metros de altura se encuentran helechos arborescentes en la isla Borbon y las Indias Orientales.

Las condiciones climatológicas más favorables al desarrollo de los helechos son el calor y la humedad; de aquí que sean tan numerosos en la mayor parte de las islas, constituyendo en las mismas, segun los cálculos de Brongniart, desde el diez hasta el treinta por ciento de su vegetacion total, al paso que en los continentes sólo entran respecto de las demás plantas en la proporcion de un dos á un cinco por ciento.

En nuestra España tenemos muchos helechos, algunos bastante notables, cuya designacion y distribucion geográfica en la Península se encuentran minuciosamente detalladas en la *Enumeracion de las Cryptógamas de España y Portugal* (Madrid, 1867-1868), concienzudo trabajo del tan ilustrado cuanto celoso director del Jardin Botánico, doctor don Miguel Colmeiro.

En el estado fósil son abundantes tambien los helechos, ofreciendo especies casi idénticas á las que hoy crecen en nuestro globo, y hallándose representadas las mismas la mayor parte de las veces por sus hojas, cuya nerviacion es característica en estas plantas. Sin embargo, no dejan de encontrarse tallos que por su estructura recuerdan á los actuales helechos arbo[illegible]centes, con los que tienen grande analogía.—El [illegible]reno en que con más frecuencia se presentan [illegible] los helechos es el carbonífero, y á él pertenecen [illegible] de doscientas especies encontradas en su mayor [illegible] en Europa: en la arenisca abigarrada y el terreno [illegible]tico se observan tambien algunas especies, aunque [illegible] tan numerosas; por último, figuran en muy corto [illegible]mero como accidente de los terrenos cretáceos y [illegible]ciarios.

MADRID.—*Dicksonia antarctica*, helecho arbóreo de la Australia, existente en el Jardin Botánico (pág. 139).

Los helechos son [illegible]tas de aplicacion [illegible]nal: mencionaremos [illegible]tre ellos, prescindiendo de los nombres científicos para no hacer más pesado este mal [illegible]riado artículo, algunos de los más notables [illegible]les como las *calagu*[illegible] procedentes del Perú, Jamáica y Santo Domingo; el *Helecho* [illegible] *acuático*, el *Hel*[illegible] *macho*, el *Poli*[illegible] *vulgar*, el *Culantr*[illegible] *de pozo*, el *Culantr*[illegible] *negro*, la *Dorad*[illegible] la *Lengua de ciervo*; todos ellos abundan en los parajes h[illegible] y montuosos de la Península.

En cuanto á los [illegible] ejemplares de *Dicksonia antarctica* enviados [illegible]finamente de Aust[illegible] al Jardin Botánico [illegible] esta corte, tenemos [illegible] verdadera satisfacci[illegible] decir que se ha p[illegible]piado á notar en ellos [illegible]gun movimiento de [illegible] y hay por tanto la [illegible]peranza de que lle[illegible] á prosperar y consti[illegible] el más bello ornato [illegible] las estufas del establecimiento.

Y ya que del Jardin Botánico hablamos, [illegible] no sería que el gobier[illegible] procurase mayor pu[illegible]tualidad en el pago [illegible] la consignacion que p[illegible] el material de enseñanza tiene concedida el [illegible] sejo de Ciencias (Gabin[illegible]te de Historia natural [illegible] Jardin Botánico).

Las cursos de la Facultad de ciencias, [illegible] mismo que los de [illegible] Escuelas especiales, [illegible] consisten tan sólo en [illegible] lecciones teóricas; necesitan estas el indispensable complemento [illegible] las prácticas, y de [illegible] hacerlo así, forzosamente [illegible] serán superficiales [illegible] conocimientos que [illegible] alumnos adquieran. [illegible] aquí la necesidad [illegible] atender de una manera regular á la consignacion establecida para [illegible] objeto, como lo verifican las naciones celosas del progreso científico, compañero inseparable del progreso material.

¡Quiera Dios que algun dia podamos ver en nuestro país más atendido este importante punto de la enseñanza, para ofrecer de este modo el gobierno en sus establecimientos científicos vasto campo á la ilustracion de la juventud estudiosa, cuya sólida instruccion se halla tan íntimamente ligada al engrandecimiento de la patria!

¡Bien se necesita, si esta patria querida, digna [illegible] los más altos destinos, ha de ocupar el puesto que le corresponde entre las naciones cultas!

ALFONSO DE ARRIETA Y LARRIZÁBA

WASHINGTON.—Cuestion del *Alabama*: una sesion de la Comision anglo-americana (pág. 139).

Incendio del vapor *América* en la travesía de Buenos Aires á Montevideo (pág. 144).

MAGDALENA. [1]

Aspecto general de Judea.—Jerusalem.—Las Judías.—Magdalena.—Sus encantos.—Sus vicios.—Sermon en el monte de Betsaida.—Arrepentimiento de Magdalena.—Amor divino.—Grandes angustias.—Jesus en casa de un fariseo.—La pecadora á los pies de Cristo.—Perdon de Magdalena.

Venid á contemplar de la Judea
los montes escarpados,
los áridos desiertos abrasados,
y del tranquilo mar de Galilea
los bordes esmaltados
con fragantes verjeles
de azucenas, de nardos y claveles.
Riega el Jordan undoso,
rey de los rios raudo y caudaloso,
extendidas y fértiles praderas
cuajadas de olivares,
de cedros seculares,
de altísimas y lánguidas palmeras.
De Samaria subid á la colina,
de Tabor á la cumbre majestuosa,
corona de la sien de Palestina:
escuchad del Cedron la tormentosa
corriente cristalina,
rompiéndose en arroyos y cascadas;
bajad de Gethsemáni al huerto ameno
de jugosas granadas
y perfumados terebintos lleno.
Mas el paso tened; la amarillenta,
la Muerta Mar por el Oriente asoma,
laguna macilenta,
que cubre el llano que manchó Sodoma.
Nunca el céfiro agita
de aquella mar de plomo el quieto seno,
ni pez alguno habita
su agua impregnada de infernal veneno:
y si el ave parlera
incauta ó atrevida el aire hiende,
y sobre el muerto mar las alas tiende,
sin vida queda en la fatal ribera.
El pobre albergue de Belem dichoso
ved, y de Jericó la flor temprana,
y en el desierto cálido, arenoso,
seguid el perezoso
paso de la adormida caravana.

—

Ya de Jerusalem el alto muro
pintase en el oscuro
y lejano horizonte:
la escogida ciudad, la ciudad santa
al pié de estéril, ceniciento monte
la régia sien con majestad levanta,
la ciudad del profeta,
la que ensalzara en cántico armonioso
David, el rey poeta;
la perla del Oriente,
donde alzó Salomon el portentoso
templo al Omnipotente,
que todo un pueblo fabricó anheloso
de hacer á Dios magnífico presente.
De la alma paz bajo la verde oliva
acrece su opulencia y su grandeza,
la asiática riqueza
vereis doquier en la ciudad altiva:
de la Arabia los rápidos corceles,
del Egipto las mieses abundantes,
de las fieras de Libia rubias pieles,
vinos de Chipre, de Indostan diamantes,
de Persia los brocados,
los mármoles de Italia celebrados,
del Líbano los cedros y nogales,
y en confusion espléndida hacinados
oro de Ofir, zafiros y corales.

—

Viven allí bellísimas mujeres:
las de morena tez y ojos rasgados
(que abrillantan y entornan los placeres),
las del erguido y elegante cuello,
de dientes nacarados,
aguileña nariz, negro cabello;
mujeres hechiceras
con la suelta esbeltez de las palmeras,
de formas torneadas,
cual estátuas por Fidias modeladas.
Y entre todas descuella,
como en florido eden rosa encendida,
Magdalena, la bella
de mirada atrevida,
de turbulenta y desastrosa vida.
Cuando lanzando el sol destellos rojos
se sepulta en el mar, de su morada
vedla salir; de fuego son sus ojos,
y es su boca la flor de la granada:
la túnica azulada
con áureo cinturon va recogida;
con sandalia oprimida
sujeta su pié breve,
lascivo prisionero,
nítido como el ampo de la nieve:
blanco velo ligero
más señala que encubre los hechizos
de su turgente pecho levantado,
y ondula por la espalda el destrenzado
cabello en luengos vaporosos rizos.
Y esa hermosa tan jóven y gallarda
es cincelado vaso de oro puro,
que sólo flores agostadas guarda,
ruinas que encubre diamantino muro
Sin escuchar la voz de los deberes,
es su idea constante
fingir pasiones, inventar placeres,
y cada sol conoce nuevo amante.
Sirena engañadora,
risueña y tierna ora
se muestra, ora doliente;
ya la máscara adopta seductora
de modestia inocente;
ya el deseo adormido,
cauta despierta con desden fingido;
ya voluptuosa, lánguida, indolente,
sobre lecho de flores recostada
suspira del amor dulces pesares,
como la enamorada
esposa del *Cantar de los Cantares*.
Juego, festines, vino
y falsas alegrías
llevando van sus miserables dias
en un vertiginoso torbellino:
y si al salir de orgía bulliciosa
hondo temor de su alma se hace dueño,
piensa que la conciencia que le acosa,
sólo es fantasma de mentido ensueño.
Así de aquella envilecida hermosa
pasan los breves años,
no exentos de dolor y desengaños:
que ni por senda fácil, ni escabrosa,
ni en marcha pronta, ni con paso tardo
se arriba en este mundo á la ventura;
ni ciñe la hermosura
para quebrar de la desdicha el dardo
damasquina armadura.

—

En clarísimo dia
del monte de *Betsaida* ve, en la cumbre,
Magdalena apiñada muchedumbre
que la palabra de Jesús oia;
nunca, hasta aquel momento,
el solemne, tranquilo y dulce acento
pudo escuchar del Hijo de María,
ni contempló su varonil belleza,
ni la santa pureza
que en su mirada angelical ardia.
Y con pausada voz, firme y sonora,
con ademan sencillo y majestuoso
dice Cristo á la turba pecadora
que le escucha en silencio respetuoso:
—«Hijos vosotros sois del Sér divino
»que de la *Ley las tablas* dió á Judea:
»de la virtud seguid por el camino
»que El os trazó, por áspero que sea.
»No me manda mi Padre á castigaros,
»que me manda á enseñaros,
»las preces á escuchar de los que imploran,
»los ojos á enjugar de los que lloran,
»y á morir en la cruz para salvaros.
»Mirad al Rey que os anunció el Profeta:
»soy el Hijo de Dios, soy el Mesía,
»que el rayo apaga, que la mar aquieta,
»del viejo amparo, de la infancia guia;
»si al cadáver inerte
»resucitar le ordena la voz mia,
»rompe las ligaduras de la muerte
»y el sello eterno de la tumba fria.
»No llevo manto regio, cetro de oro,
»ni diadema altanera;
»la humildad y el amor son mi tesoro;
»mi ley, la ley de la virtud severa;
»mis próceres serán los desgraciados,
»y sin lanzas, ni aceros, ni soldados
»vengo á regir la humanidad entera.—
»Si de la tierra os hieren los abrojos,
»al alto cielo convertid la frente;
»si escandalizan vuestros propios ojos,
»las pupilas cegad con hierro ardiente.
»La obra, que á Dios complace,
»no sirva de satánico trofeo:
»perseguid el pecado, cuando nace
»y en los pliegues se oculta del deseo.
»Porque en verdad os digo:
»que acuda á mi presencia
»del niño con la cándida inocencia,
»el que al cielo subir quiera conmigo,
»y destierre de su alma la venganza,
»y vuelva bien por mal al enemigo:
»yo soy la caridad, soy la esperanza.
»Haced el bien, y sin alarde vano,
»sin ostentosa muestra:
»que ignore la siniestra,
»el que ejecuta la derecha mano.
»De la opulencia la dorada llave
»no abre la puerta de mi sacro templo;
»desprecie la riqueza quien me alabe;
»yo que el precepto doy, doy el ejemplo.
»Vedme humillado, sin vivienda, pobre:
»que tiene el pez bajo la mar salobre
»su mansion escondida,
»tiene su pardo nido el ave tierna,
»la selvática fiera su caverna,
»y hasta el insecto vil tiene guarida:
»sólo Jesús, que á predicaros viene
»la religion de paz y de pobreza,
»sólo el Hijo de Dios, ni piedra tiene
»do recostar la celestial cabeza.»

—

¡Con qué dulzura tan divino acento
de Magdalena vibra en el oido!
¿Qué suave sentimiento,
qué misterioso amor desconocido
su espíritu abatido vivifica?
¿Qué hálito divinal la purifica?
¿Quién en tan breve espacio y de tal suerte
en diáfano cristal barro convierte?
¡Cómo se vuelve á erguir la flor marchita
al respirar el aura,
que el eco lleva de la voz bendita
y el místico brillo de la flor restaura!
¡Cómo recobra el virginal aroma
de naciente capullo!—
Figúraseme ver nivea paloma
que el camino olvidó del casto nido,
y escucha de improviso tierno arrullo
del compañero que juzgó perdido,
y con atento oido,
los ojos negros elevando al Cielo,
hácia la amada voz dirige el vuelo;
deja del valle las hojosas galas,
rápida tras su amor se precipita,
y más ligero que sus ráudas alas,
su alborozado corazon palpita.—
Pero ¿qué nube de mortal tristura
de Magdalena el rostro descolora,
y trueca en noche oscura
el claro albor de su rosada aurora?
Tiembla, la frente baja, se retira.—
¿Qué súbito pesar su pecho oprime?
Con vergüenza se mira:
recordando su vida se estremece,
y el aire triste, que en su torno gime,
murmullo de sus culpas le parece.
Convulsa, al revolver en su memoria
de su agitada historia
los recuerdos livianos,
rasga el bello cendal que la engalana,
y el rubor comprendiendo de Susana,
el seno encubre con entrambas manos.
De entónces por doquier Cristo marchaba;
una mujer de léjos le seguia,
que ansiosa sus palabras aspiraba:
mas llegar á sus piés no se atrevia,
y en raudales de llanto se anegaba.
¡Cuán mísera del alma es la existencia
al despertar de la embriaguez del vicio,
y al verse en el cristal de la conciencia
sumida en insondable precipicio!
Invisible semilla
suele á veces dejar el aura inquieta
de estéril roca en caprichosa grieta,
y brota allí modesta florecilla;
próvida lluvia su corola moja;
pero el muro fatal, que la sujeta,
la seca, la deshoja,
y la raiz endeble
trunca y deshace de la planta feble.
Tal el mal arraigado,
puro y sublime amor de Magdalena
no puede florecer: de su pasado
la durísima cárcel le refrena,
le ahoga, le envenena:
y se ve condenada
á abrigar el amor de los querubes,
cuando no es digna ya de ser amada.
Quiere volar y traspasar las nubes,
y su vuelo entorpece
el cieno impuro que en sus alas pesa:
y gime, y se fatiga, y palidece,
y su dorada cabellera mesa,
y en continuo suspiro desfallece.
Huye del vivo resplandor del dia:
para llorar sus penas sin testigos,
busca el silencio de la noche umbría.
Tan rápida mudanza

---

1. Segun prometimos á nuestros lectores, tenemos hoy el gusto de publicar otro precioso poema del señor Larmig.

La Magdalena es un canto ya conocido, juzgado en los términos mas favorables por la prensa periódica, y que ha obtenido la mayor popularidad.

Pertenece, como las demás composiciones del señor Larmig insertas en LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA, á las *Mujeres del Evangelio*, cuya obra *hemos adquirido* y publicaremos en libro aparte, así que el autor la concluya y nos la facilite.

Usando, pues, del derecho de propiedad, queda *terminantemente prohibido la reproduccion* de este y de los demás cantos que han visto ó vean la luz en nuestro periódico, pertenecientes á la referida obra.

Y ya que hablamos del señor Larmig, diremos de nuevo, para que sirva de contestacion á los muchos suscritores que insisten en que les revelemos su verdadero nombre, que sentimos no poder complacerles en esta ocasion, como vivamente desearíamos; pero ya comprenderán, que no depende de nuestra voluntad, y que cualquiera que sea el motivo que impulse al señor Larmig á ocultarse bajo un pseudónimo, á nosotros no nos toca mas que respetarlo.

En cambio, atendiendo á la mucha aceptacion de sus inspiradas composiciones, publicaremos á la mayor brevedad algun otro canto de las *Mujeres del Evangelio*, y otras poesías sueltas del mismo autor.

Con esto verán nuestros suscritores que no escaseamos nada de lo que esté en nuestra mano para complacerles.

(*N. de la R.*)

de sus torpes amigos
desabrido desden tan sólo alcanza:
sin alma alguna que en su apoyo acuda,
ve en la insolente faz del vulgo necio
la irónica sonrisa de la duda,
la irritante mirada del desprecio.
Quizá en su solitario desamparo
á sí propia se dice Magdalena,
que es el dón de la vida dón bien caro,
si no hay placer sin mal, ni mal sin pena.

—

Infelice mujer arrepentida,
que quimérico juzgas el deseo
de verte nuevamente enaltecida,
alza la frente, que en tu afan sumida,
á tu lado no has visto
con lenta majestad pasar á Cristo.
Marcha, marcha en pos de él.—De un fariseo
penetra en la morada,
de un hijo de Satán, del vil engaño.
¡Regocíjese el alma atribulada,
viendo que el buen pastor deja el rebaño
en busca de la oveja descarriada!
¿No recuerdas, mujer, cuando decia
que no bajaba al mundo
á fulminar castigos iracundo,
y que á salvar al réprobo venia?
Sí; ya tu pecho alienta,
ya ansiosa te levantas,
y, cual va al manantial corza sedienta,
corres tras él, te arrojas á sus plantas,
y besando sus piés, vertes sobre ellos
balsámicas esencias orientales,
y en larga vena lastimero llanto:
los secan tus finísimos cabellos.
A las ánsias mortales
de tu rudo quebranto
dando tregua un momento,
al Hombre-Dios adoras
en estático y mudo arrobamiento,
y con callada voz perdon imploras.
Alza la frente mústia,
y contempla del sol la luz serena:
tras largas horas de ignorada angustia,
tu bienandanza labras:
tiembla de gozo santo, Magdalena,
y oye de Jesu-Cristo las palabras:
—Mujer, há tiempo que tu mente sigo;
mujer, há tiempo que tu voz escucho,
cuando en tu pensamiento hablas conmigo:
yo te perdono, porque amaste mucho.
Del mal rompiste con vigor los lazos;
levántate del suelo,
que Dios te acoge en sus paternos brazos.
Quien su pecado llora, gana el cielo.

LARDIG.

UN POETA MÁRTIR.

¡Cuán dolorosa vida, de continuo amargada por el Santo Oficio, la del autor dramático portugués del siglo XVIII, Antonio José da Silva, conocido por el Judío! ¡Cuán digna de ser por todos sabida, como ejemplo vivo de la infamia, de la tiranía, y de la bárbara crueldad de la teocracia!

Antonio José nació en Rio-Janeiro, en 1705: sus padres eran judíos bien acomodados, y de distinguida ascendencia. No contaba ocho años nuestro poeta, cuando los alguaciles de la Inquisicion y los jueces del Tribunal entraron en su casa, y se llevaron á viva fuerza á su pobre madre, como judaizante procesada. Las negras ropillas, y las tétricas figuras inquisitoriales, fueron lo que primero hirió con espanto la imaginacion del niño: la áspera notificacion de una órden tiránica, el primer acento de justicia que llegó á sus oidos. ¡Prólogo triste de la cruel historia de su infeliz existencia!

La codicia inspiró el proceso contra su madre, porque los bienes de su patrimonio eran buena parte á despertar en inquisitoriales pechos la sed de la justicia. De Rio-Janeiro la presa fué trasladada á Lisboa, y á la capital del vecino reino tuvo necesidad de trasladarse á su vez la afligida familia de señora tan desventurada.

No bien contaba veinte años Antonio José, y en Coimbra se dedicaba al estudio del derecho: jueces y alguaciles del Santo Oficio traspusieron los umbrales de su morada, y á doña Leonor Continho, su madre, ya una vez reconciliada, juntamente con el jóven estudiante, condujeron á las cárceles del Tribunal, acusados de delito de judaismo. La pasion religiosa del juez designado entre los inquisidores para entender en el proceso instruido, de tal manera cegaba su entendimiento, y le conducia á adoptar temperamentos adecuados á alcanzar el santo fin de sacar incólume de las blasfemias de los judaizantes la verdad católica, que la pregunta más repetida, por su parte, al dirigirse en los interrogatorios al mozuelo poeta, fué la de *á cuánto ascendian las rentas de la casa de sus padres:* á la que respondió constantemente el avisado rapaz con la ingeniosa evasiva de *ser hijo de familia y no tener sino la camisa puesta.* Entre los estudiantes coimbricenses, Antonio José habia adquirido celebridad tamaña por su chispeante ingenio y fácil vena poética, y quizá el delito del talento, añadido al del judaismo, y sin que dejara de contarse el de su riqueza, valiéronle primeramente el tormento, para terminar más tarde formando parte entre los penitentes que compusieron el auto de fé celebrado en la iglesia de Santo Domingo, en 15 de Octubre de 1726.

Tan amarguísimos dias impulsaron el alma del poeta al amor: que tan dulce sentimiento alivia y fortalece, si en corazones ajenos á lo vulgar prende: y enamorado de las perfecciones morales y la hermosura de su prima Leonor María de Carvalho, en ella puso la esperanza, y sus más bellas ilusiones ella las inspiraba. Mas la desgracia con la desgracia simpatiza: Antonio José, perseguido sin reposo por la Inquisicion, no podia poner los ojos en criatura que vida feliz viviese: y aquella á quien su corazon entregara traia su frente orlada con el nimbo del sufrimiento, y en su cuerpo las sangrientas huellas que las cárceles del Santo Oficio imprimian como sello de su autoridad: cárceles de las que saliera reconciliada en 26 de Enero de 1727, en el auto de fé celebrado en la iglesia de San Pedro de Valladolid. Y para que el cuadro sombrío de aquellos amores se presentase á la imaginacion de los infelices esposos, juguetes de la sórdida avaricia y rabia loca de la teocracia, áun más espantable, las rojizas llamas de la hoguera en que muriera entre tormentos atroces la desventurada madre de la jóven amante, arrojaban en el fondo su resplandor siniestro.

En 1735, el poeta y la hermosa huérfana celebraban sus bodas.

En la pobre aldea de Covilhá residiera la infeliz Leonor, hasta que pasara ciñendo la diadema de esposa al honrado hogar del ya celebrado dramaturgo, á quien el pueblo empezaba á conocer por el apodo del *Judío.* Para que la desgracia, que no se daba punto de reposo en su afanosa tarea contra nuestro infeliz poeta, no dejase fibra alguna de su corazon que no padeciese tormento, un hermano del asentista Estéban Suarez de Mendoza, por nombre (Eduardo) Duarte Rebello, en una de sus frecuentes excursiones á la morada de aquél, puso los ojos en la honesta hermosura de Leonor y quedó prendado de sus gracias, que eran espuela al deseo y violento incentivo. La jóven resistió las ofertas; con faz serena despreció las amenazas, y su constancia y virtud si encendieron enojos en el corazon de Rebello, más tarde trocáronse en afan desmedido de venganza; y el amante no correspondido, valiéndose de sus relaciones con personajes importantes en la corte, tuvo corridos algunos años no pequeña parte, aunque indirecta, en el proceso formado á la familia de Silva.

Realizados los anhelos del amor, y unidos en indisoluble lazo los dos amantes, Antonio José dedicóse á escribir comedias y operetas, tentando reanudar las rotas tradiciones del teatro de Gil Vicente. Mas cada aplauso tributado al poeta, cada carcajada del público, cada alusion á cosas y personas, eran otras tantas pruebas que los reverendos y los cortesanos, zaheridos por la cáustica gracia del autor de las *Guerras del alecrin y la mangerona*, iban recogiendo, para de ellas deducir cargos en su contra, en el no lejano dia de la venganza.

En efecto, el 5 de Octubre de 1737 fué por segunda vez encarcelado el infeliz *Judío.* Al mismo tiempo su desventurada esposa y un tierno vástago, fruto predilecto de su amor, fueron reducidos á prision, sin que los previsores reverendos olvidasen á la madre del poeta, que por vez tercera sufria los rigores del Tribunal implacable. La nota de *judaizante* sirviera de nuevo á los verdugos para aplicar tormentos sin número, que prolongaron hasta Octubre de 1739, no sólo al mísero escritor, sino á su familia infelicísima. ¡Vida dolorosísima la de aquellas criaturas, desde la cuna entregadas á los furores de la fé! ¡No parecia sino que al abrir sus ojos á la luz, atroz verdugo marcara su frente con el sello de la desgracia, para darlas á conocer como víctimas! ¡No parecia sino que el Tribunal sangriento, al encontrarlas en la senda de la vida y al apoderarse de ellas, saldaba una cuenta con la muerte, que indefensas se las entregaba!

El Tribunal sagrado declaró judaizante al poeta, y le entregó al brazo secular. La infeliz esposa, la mísera madre, despues de pasar por la prueba del tormento, fueron condenadas á cárcel por vida, expiando en una eternidad de luto el nefando crimen de negarse á declarar culpado al que para ellas era más que la vida, era el alma. Un detalle horrible: la esposa fué madre en la cárcel, y entregó á las tinieblas y á la infamia el fruto inocente, nacido entre lágrimas, y como flor maldita amamantado con sangre.

Antonio José fué condenado como judaizante, no como judío, siendo por tal motivo amarrado sobre el poste, degollado ántes de encender la hoguera, y quemado á la postre. Así pasó á mejor vida el que en esta tan larga série de dolores y martirios tuvo que soportar, viniendo á concluir en la infamia de una pena, que por serle aplicada, tornóse en imperecedera y gloriosa.

II.

¿Cuál habia sido la culpa del poeta para ser de manera tan implacable perseguido?

Sabido es que la tradicion dramática portuguesa, cuenta como fundador de su teatro al insigne comediante Gil Vicente, á quien, pasados siglos, habia de dar vida en la misma escena, presentándole en su celebrado Auto el vizconde de Almeida Garrett. Con Gil Vicente empieza y termina en los comienzos de la edad moderna el teatro portugués. Reconquistado el vecino reino por el terrible duque de Alba, y pesando sobre él el cetro de hierro de Felipe II, la fuente de la inspiracion sécase en la península, y el discreteo y amanerado argüir romancesco de los poetas cortesanos, levantáronse triunfantes sobre las rotas aras de la espontaneidad y el libre ingenio.

Más tarde el continuo conspirar de los portugueses, y el resistir continuo de los tiranuelos españoles, alejaron de la escena portuguesa toda idea propia, y áun sombra de pensamiento poético, dedicándose los ingenios que la abastecian á traducciones serviles ó despañadas copias. El año 1640 abrió una nueva era para Portugal: las cadenas que le amarraban al solio austriaco rotas quedaron, más que por el esfuerzo de los Ribeiros, Pintos y Baenas, por la imbecilidad de un conde-duque, y la desastrosa política hasta allí seguida de expoliacion y tiranía. Entronizada la casa de Braganza, é independiente el reino lusitano, la esfera de su actividad volvió á agrandarse, y la vida literaria á rehacerse.

Por razones estéticas, aquí de todo punto improcedentes, el teatro no se levantó de su estado de postracion, y en el siglo XVIII, bajo el reinado del egregio don Juan V, la ópera italiana y la comedia española, representada por la compañía de Antonio Rodriguez, con la célebre Petronila, cuyos ojos llegaron á rendir egregias voluntades, y aparte de operetas-parodias, ó disparatados sainetes, teatrillos mecánicos italianos, con sus perfilados muñecos, y sus bailes altamente ponderados, eran los espectáculos que únicamente la pública atencion atraian, y la popular curiosidad despertaran.

En tan desdichada época literaria, Antonio José, inspirándose en las tradiciones artísticas de su patria, con un ingenio discretísimo, y esa gracia punzante y amenazadora, propia de almas mal avenidas con la dicha, y de todo placer alejadas, recoge sainetes, rehace comedias de cordel, vuelve sus ojos á la mitología, para bajo las vestes olímpicas presentar vicios de su tiempo, y tipos de todos conocidos; y salpicándolo todo con aceradas alusiones, y áun descomedimientos monárquicos, forma un teatro popularísimo, padron de infamia para su nombre segun los tribunales de la fé, y al que debiera su desgraciada suerte y cruelísima existencia. Nada que condenable fuera dejó de anatematizar nuestro poeta; y así censuró la amatividad escandalosa del monarca, en su *Júpiter* y *Alcmena*, como burlóse de los aristotélicos doctores, satirizando sus nunca bien ponderados *ergos* y *distingos*, en la *Esopaida;* y si ningun respeto le inspiraba la opresion que cobijaba á los grandes, tampoco intentó el favor de los pequeños á costa de su complacencia con los vicios que les afeaban, y sus *Guerras del alecrin y la mangerona*, es un acabado cuadro de la sociedad en que vivia, reproduciendo el eterno tipo del *hidalgo peninsular*, enfatuado con su alcurnia, y escudándose en ella para no ganar por medio del trabajo el sustento que le falta; y los del médico ignorante, el juez injusto, el pedantesco *Peralta* y «*aquel buen padre de familia*, al decir de un discreto historiador portugués, *recogido en la sombra y santidad del lar doméstico desde la Edad Media, y que se vió forzado por las ideas nuevas* (las importadas por la intemperante corte de Juan V) *á salir con sus hijas á la calle, llevarlas á paseo, y á consentir en los ramilletes al pecho y las cifras bordadas en el pañuelo, las modinhas á la guitarra, el minué, y la ópera de Barrio Alto, y á desterrar, en fin, de la familia la taciturnidad monástica.*»

Los aplausos con que las sátiras del Judío eran recibidas, resonaban lúgubremente en los oidos de los poderosos, que el ingenioso escritor hacia descender de las trípodes de oro, para entregarlos á la burla y al escarnio populares; y en épocas en la que la teo-

cracia y la realeza se dan la mano, y juntas siguen la senda que á la negacion y á la fuerza conduce, todo rasgo de valor recibe su recompensa del verdugo; por eso el misérrimo Antonio José con sus propias obras hacinó los combustibles que habian de avivar la hoguera á que la mano del catolicismo le arrojara, pagando así un tributo de amoroso respeto á la bizarria del ingenio y á la noble independencia de carácter.

GONZALO CALVO ASENSIO.

INCENDIO DEL VAPOR «AMÉRICA.»

Permítanos nuestros lectores que añadamos algunos detalles á los ya publicados en la *Revista general* del núm. VII de LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA, acerca de la horrible catástrofe que recuerda el epígrafe de este suelto.

Salió de Buenos Aires el vapor *América*, con rumbo á Montevideo, en la tarde del 23 de Diciembre próximo pasado, llevando á bordo *doscientas veinte* personas, entre pasajeros y tripulacion,—segun cuenta *La República* de Montevideo,—*á doscientas seis* al decir de *La Tribuna*, periódico de Buenos Aires.

A la media noche, cuando el buque se hallaba á veinte millas del puerto á donde se dirigia, y á diez escasas de la costa, estallan de pronto los tubos de la máquina; una gruesa columna de humo inunda la cámara de popa, y al punto *una lengua de fuego*,—expresion de un testigo ocular,—revela á los aterrados pasajeros que el magnífico vapor *América* era presa de las llamas.

—¡Sálvese el que pueda!—grita entónces el capitan Bossi; y abandonando cobardemente á los desgraciados por cuya salvacion debiera haber dado su vida, cien vidas que tuviera, se arroja al mar amparado de su salva-vidas, y huye, y se aleja del buque incendiado.

¡Espantosa situacion!—Hombres, mujeres y niños se lanzan al mar, sin tener un leño de qué agarrarse, ni un pedazo de goma sobre el cual poderse sostener.

—¡Rodeaba al buque un rebaño de cabezas humanas!—escribe uno de los náufragos á *La Tribuna* de Buenos Aires: unos, sosteniéndose en maderos, tablas, salva-vidas; otros, asidos á una cadena, á un cable, á las ruedas del vapor; muchos, en fin, sin apoyo alguno, luchaban desesperadamente contra las olas, nadaban hasta agotar las fuerzas, y eran luego arrastrados al hondo abismo.

Episodios hubo, cuyo relato desgarra el corazon más insensible.

Una pobre madre, que llevaba en sus brazos un tierno niño, hijo único de sus entrañas, sosteníase sobre las olas apoyada en un salva-vidas; pero otro náufrago desesperado nadaba junto á ella, se acerca, se incorpora y clava en el seno de la amorosa madre un puñal homicida, que la traspasa el corazon;—y cuando la madre muerta y el hijo abandonado ruedan al abismo, el infame asesino se apodera del salva vidas, y Dios permite que se salve!

Mas á la par de este hecho villano, resalta una escena de abnegacion sublime.

Cuando las llamas envolvian todos los departamentos del buque, el jóven doctor don Augusto Marcó del Pont y su hermosa consorte doña Cármen Pinedo, asida ésta de los brazos de aquél, arrójanse al mar implorando la clemencia divina: no tenian salva-vidas; y aunque Augusto era diestro en la natacion y confiaba en sus fuerzas, éstas le faltaron, y de los dos amantes esposos comenzaba á apoderarse el vértigo.

Pero un hombre heróico, mártir generoso de la amistad, don Luis Viale, nadaba junto á aquellos, amparado de un salva-vidas: ve la escena: adivina que va á sucumbir una mujer jóven abrazada á su esposo, y... ¡Dios sabe los pensamientos que cruzaron por su mente! acercándose á los esposos Marcó, les entrega el salva-vidas, que en esos momentos importaba una existencia.

Augusto Marcó del Pont toma el instrumento salvador, logra colocarlo bajo el cuerpo casi yerto de su esposa, y se ahoga á pocas varas de distancia de donde se ahogaba el incomparable don Luis Viale.

Ella, en fin, es recogida con vida por el vapor *Villa del Salto*, y es uno de los náufragos que logran salvarse: sólo le faltaba la prenda que más queria, su pobre esposo Augusto Marcó del Pont.

El sacrificio de don Luis Viale es un hecho heróico inspirado por la abnegacion más sublime, y en todas las provincias del Plata se ha abierto una suscricion para levantar una estátua á aquel mártir generoso de la amistad.

Otra bellísima jóven, casi una niña, la señorita Elvira de Inurrieta, aterrada á la vista del incendio, se arroja tambien al mar en busca de refugio, y el mar implacable solamente le dió la tumba. La madre de la pobre niña, doña Florinda Martinez de Inurrieta, cuando se persuadió de que era imposible salvarla, se arroja al mar, y desaparece bien pronto en el abismo.

Pero, ¿á qué continuar con la relacion de estos tristes episodios?

El vapor *Villa del Salto*, que llegó al lugar de la catástrofe hácia las seis de la mañana del 24, pudo recoger aún sesenta y nueve personas, y otras veintisiete se salvaron en un bote del *América*.

Gran responsabilidad ha recaido sobre el comandante del buque incendiado, don Bartolomé Bossi; mas ¿quién enjugará las lágrimas de tantas familias desoladas?

MADRID.—*Fac simil* del autógrafo que los emperadores del Brasil escribieron en el álbum del colegio de Sordo-mudos y Ciegos.

LOS EMPERADORES DEL BRASIL, EN MA

Ya hemos dado noticia á nuestros suscritores [illegible] *Revista general* del número anterior de LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA, de la llegada de los [illegible] peradores del Brasil á Madrid; y en otro lugar [illegible] presente, nuestros apreciables abonados hallarán [illegible] bien detalles curiosos de la sesion ordinaria que [illegible] bró la Academia Española, con asistencia del [illegible] disimo don Pedro Alcántara de Braganza, en la [illegible] del jueves 15 de Febrero.

Pero debemos escribir aquí una muy breve [illegible] ca de la visita que se dignaron hacer á la corte [illegible] Españas los ilustres soberanos brasileños.

Alojáronse, como es sabido, en el hotel de P[illegible] allí se verificó la recepcion que se habia anu[illegible] previamente, de siete á ocho de la noche: el [illegible] diplomático, altos personajes de la nobleza, [illegible] ilustres damas, una comision de la Academia Es[illegible] algunos escritores distinguidos, como los señores [illegible] tro y Serrano, Alarcon, Mentaberry y otros, [illegible] vieron á cumplimentar á los augustos viajeros, [illegible] acogieron á todos con benevolencia y satisfaccion.

El emperador, que se complace en conversar [illegible] literatura y bellas artes con los hombres de tale[illegible] que es él mismo literato y artista muy distingui[illegible] felicitó á nuestro querido amigo y colaborador de [illegible] ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA, don José de [illegible] tro y Serrano, por sus obras literarias, y le dió el [illegible] cargo de manifestar al popular poeta don An[illegible] Trueba, tambien amigo nuestro y colaborador de [illegible] Semanario, que sentia vivamente no haber podido [illegible] sitarle en Bilbao, residencia del señor Trueba, y [illegible] trecharle afectuosamente la mano.

Conocia tambien los escritos del señor Al[illegible] el autor del *Diario de un testigo de la guerra* [illegible] *Africa*, y le pidió sus últimas obras, deseoso [illegible] de volver á leer su canto épico *El suspiro del M*[illegible] composicion premiada por el Liceo granadino, cu[illegible] fuera á visitar la Alhambra.

Visitó tambien en el dia siguiente el estudio [illegible] pintor don Federico Madrazo; se hizo enseñar [illegible] las obras y hasta los bocetos que posee el distin[illegible] artista, y le dirigió las expresiones más lisonjeras.

En la tarde del viernes se presentó en el Colegio [illegible] sordo-mudos y de ciegos, y se enteró de la orga[illegible] cion del mismo y del estado de la enseñanza, llam[illegible] dole extraordinariamente la atencion los grandes [illegible] lantos que revelaron algunos alumnos en los ejer[illegible] que hicieron en su presencia.

Con este motivo escribió en el álbum del colegio [illegible] delicada frase (que leerán nuestros suscritores en [illegible] *fac simil* que ofrecemos en esta página), firmada [illegible] los dos augustos consortes.

No hay para qué decir que tambien estuvo el em[illegible] rador en el Museo de Pinturas, en el Arqueológico [illegible] en la Armería Real, y examinó detenidamente los [illegible] soros artísticos é históricos que encierran los tres [illegible] tablecimientos.

Fueron á la imperial Toledo, y admiraron la g[illegible] diosa basílica, el magnífico templo hoy abandonado [illegible] San Juan de los Reyes, las iglesias de la Blanca y [illegible] Tránsito, y todos los preciosos restos del arte gó[illegible] árabe que guarda la monumental ciudad.

Por fin, se despidieron de Madrid para visitar [illegible] provincias andaluzas y volver á Lisboa, donde de[illegible] embarcarse de regreso á su corte de Rio Janeiro.

Deseamos que los augustos viajeros lleven de nu[illegible] tro pais una impresion tan grata como lo es la que [illegible] su presencia en Madrid ha quedado entre nosotros.

Hemos tenido ocasion de ver un notable trabajo [illegible] ligráfico, hecho por el a[illegible]ajado jóven, don Gu[illegible] Barroso y Alvarado, quien lo dedica á SS. MM.

Es una *mesa revuelta*, donde se observa una [illegible] mosa lámina, imitacion de grabado en acero, que [illegible] presenta un combate naval; otra lámina, imitacion [illegible] grabado en madera, y copias exactas de dos pág[illegible] de una novela de costumbres; de un talon del Ban[illegible] España; de un naipe; de un sello de comunicacion [illegible] de un décimo de lotería, y de una tarjeta de visita.

Todos estos dibujos están ejecutados con perfe[illegible] y artísticamente combinados; y en el centro, y rod[illegible] da de un caprichoso adorno, ha colocado el autor [illegible] expresiva dedicatoria á las reales personas.

Es, en suma, un trabajo muy esmerado, que ho[illegible] al señor Barroso, y por el cual lo felicitamos.

MADRID.—IMP. DE T. FORTANET, LIBERTAD, [illegible]